

SEMANARIO POLITICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Reduccion y Ampliacion
ALBERTO AGUILERA, NUM 58
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid 1.50 por trimestre, Año 5
Provincias 1.50 trimestre, Año 5
Ultramar y Extranjero Año 10
PAGO ADELANTADO
Correspondencia 25 números 1.50

Año XXXII.

Madrid, Jueves 4 de Julio de 1912.

Núm. 27.



JACINTO LOYSON

Ayuntamiento de Madrid

La entrada triunfal del P. Jacinto en Roma

En el capitolio de Roma ha sido archivada la «mascailla» del P. Jacinto Loyson, que durante cuarenta años sostuvo á brazo partido la lucha de disidente contra el Papa y contra el monaquismo.

Es un hermoso acto de justicia del pueblo liberal romano, que con este acto de culto al extranjero rebelde, toma iniciativa de Roma antipapal y universal.

Allí se ha de librar la batalla decisiva que el Papa tiene perdida ya en el terreno moral. Toda su soberbia de veinte siglos, toda aquella ferocidad con que sembró el terror y la muerte de uno á otro extremo de la tierra, todos sus millones bancarios y los 200 millones de fanáticos no sirven para hacer torcer la vara del alcalde de Roma, en cuyo registro el Papa es el ciudadano José Sarto, de oficio eclesiástico.

Y este alcalde y este pueblo que han levantado frente a San Pedro el monumento á Jordano B. uno, y frente al colegio romano la *escuela moderna*, este pueblo y este alcalde hacen de Roma el Santo Sepulcro de los malditos del Papa.

Loyson ha entrado en Roma gloriosamente. A raíz de su muerte la prensa clerical se encarnizó sobre su cadáver obligando á su hijo á empujar ante los tribunales de justicia atea á esos ministros de Dios que cumplen el mandato de Cristo de enterrar los muertos, soterrándolos debajo de sus insultos y escarnios.

Estos escritores chacales que viven de los cadáveres, han tenido la merecida respuesta en el acto del municipio romano, que ahora ha inaugurado el Museo de las víctimas del Papado.

Ya las maldiciones no matan, sino que glorifican. Un paso más, y el Vaticano será la casa del Pueblo Romano. Las estatuas de San Pedro y de los Papas irán á formar en la galería del Museo entre las de Júpiter, Baco y Ceres...

Carta abierta

Sr. D. José Nakans.

Madrid.

Mi antiguo amigo y maestro: A principios de año 1911 escribí un artículo que se publicó en *La Correspondencia de Aragón*, titulado *La República en la calle*, en el cual demostraba que el cambio de régimen había sido facilísimo en varias ocasiones, y no se efectuó por las discordias de los jefes republicanos. Aquel artículo, que no tenía nada de notable, sino el trabajo facilísimo de relacionar hechos, mereció de usted comentarios favorables en su popular semanario, los cuales me indujeron á escribirle suplicándole que intentase un nuevo llamamiento á la unión como

en 1903. Me contestó que era preciso esperar una ocasión propicia, porque temía un fracaso no por usted, sino por la República.

El fracaso ha llegado. Al domicilio del patriarca de las libertades españolas no concurrieron más que los trea enamorados del ideal, usted, Bisco Grajales y Lerrucx. ¿Es que la ocasión no era propicia? Nunca, ni en 1903, se hizo tan necesaria como hoy la unión de los republicanos. La guerra de Melilla bastaría por sí sola para determinar una acción rápida y decisiva de todas las fuerzas republicanas y socialistas unidas.

Cuando esa guerra no la quiere el pueblo porque es de expansión y de conquista, por la misma razón que hace un siglo se batieron sus ascendientes en los Sitios y en el Bunch Las Navas y Bailén, la soberanía popular debiera ser un mandato imperativo para los jefes republicanos.

Cuando acabamos de conmemorar el Centenario de las Cortes de Cádiz, de aquellas gloriosas Cortes continuadoras de la historia de España y de las memorables Cortes de Aragón, Castilla y Cataluña, muere la libertad del Parlamento con la reforma del reglamento del Congreso y la vergonzosa comedia de los suplicatorios, lo cual demandaba la unión estrecha de las minorías republicano socialista para un rasgo airoso, diciendo á Canalejas: «Tú, el jefe de la democracia monárquica, te entregas al pretorio para matar la inmunidad parlamentaria, repetida hasta por los políticos más reaccionarios; ahí te quedas; puedes disponer de nuestras actas, que nosotros nos vamos con el pueblo á conquistar la soberanía que por la fuerza le arrebatasteis, y hoy lo amordazáis con leyes de excepción que son cadenas de presidio, y con sordinas á la pluma y á la palabra de sus tribunales, arrojados de la legalidad.» Y Canalejas no hubiera realizado aquella reforma y los suplicatorios se habrían denegado ó el pueblo lo hubiera arrojado del poder.

Cuando un exministro de la Corona abandonó el banco azul, y desde la tribuna de la prensa explica su disconformidad con procedimientos inquisitoriales de gobierno, denuncia al país el sacrificio inmenso y estéril de la guerra de Melilla, y advierte que no queda un céntimo para las obras nacionales, base de la regeneración de la patria, porque se consume todo el tesoro nacional en los campos del Rif, deber de los jefes republicanos era unirse para llamar á los monárquicos patriotas que se divorciaban del trono y á las fuerzas neutras alarmadas por esas declaraciones de un exministro del rey.

Y cuando la Hacienda pelagra y el señor Canalejas llama á las dos emi-nencias financieras del partido liberal, primeramente al Sr. Urzáiz, y éste se niega porque sin un cambio radical es imposible la salvación de la patria; después al Sr. Navarro Reverter, y éste presenta unos presupuestos amañosos, peores que los anteriores y que conducen á la ruina del Erario, deber ineludible de todos los republicanos era reunirse para destruir la obra despierradora del gobierno, en el Parlamento, en el mitin y en la calle.

La ocasión elegida por usted no podía ser más acertada. Suyo no es el fra-

caso, sino de los que no concurrieron á su llamamiento. El pueblo ha aplaudido su iniciativa y el pueblo exigirá pronto cuentas á los que desoyeron su voz.

¿Que se bastan para conquistar la República? ¿Cuándo? Porque si esa arrogancia no significa la seguridad de un triunfo próximo, y si por no aunar todas las fuerzas republicanas á los que *sotto voce* consideran fracasada la monarquía, y á las fuerzas neutras no les ofrece garantías esa presunción, con lo cual es imposible el triunfo, ocurrirá que el pueblo, hastiado de la política monárquica y de la política republicana, como el gran Costa, abandonará para siempre á los jefes, gritándoles como el público de los teatros á los malos comediantes: Fuera, fuera!

Y del fracaso de hoy y el desengaño de mañana muy próximo, surgirá el éxito de usted, porque era necesaria la prueba: no teniendo más remedio los de arriba que entregar sus vestiduras y el pueblo reintegrarse de su soberanía hasta que con buenas obras otros hombres merezcan su confianza por haberle llevado á la conquista de la República.

Le abraza fraternalmente,

JUAN ARAGONÉS ESPAÑOL

Mi distinguido amigo y correligionario: ¿Qué contestar á su carta? Que he repasado la *Respuesta* que di en 11 de Mayo de 1911 a la primera que usted me dirigió, y que debería reproducirla en todas sus partes. Quitando que hoy tenemos una fracción más, la reformista, en nada hemos variado; estamos como entonces. No; peor. Enfermo que no mejora, se debilita más cada día.

Pero no reproduciré la *Respuesta*; sobre ser larga, no dice nada que no haya repetido yo cien veces. Verdad es que, si me fijara en esto, tendría que callar del todo. En tantos años de pedir la unión no hay argumento que no haya hecho ni estilo que no haya empleado.

Por tanto, me limitaré á decirle á usted:

Que la Unión se hará, porque el Pueblo la quiere.

Que quienes se opongan á ella ó la prediquen para fines personales, serán arrollados.

Y que en las próximas elecciones que haya, se convencerán todos de que el Pueblo se ha cansado de llevar al Congreso diputados que trabajan por la monarquía.

Lo único que temo, es que la unión se haga muy tarde para remediar ciertos males entre nosotros, y evitar que la monarquía implante determinadas soluciones. Mas si este caso llega, allá que carguen con la responsabilidad los que no han querido hacer la unión ahora.

Mas á pesar de tener confianza absoluta en que la unión se hará, he de confesarle á usted que, ante el espectáculo que estamos dando, superior en intensidad bochornosa á cuantos dimos, hay momentos en que desearía tener dere-

cho á retirarme por completo de la lucha, para ejercitarlo ahora... No puede usted figurarse lo que me empacha y asquea el ver que unos amparen con mi ombre sus cábalas y sus egoísmos, y otros le echen encima sus fracasos, o'vidándose de que no siento preferencias por ninguno, por hallarme convencido de que todos piden lo necesario sobre lo fundamental, lo personal sobre lo colectivo. Pero como no tengo derecho á retirarme mientras la unión no se haga y la República no venga de bo continuar como hasta aquí. Hágase la una y venga la otra, y entonces me apartaré con mucho gusto á un lado, para dejar paso libre á los que puedan salvarla ó consolidarla, siguiendo en esto la conducta de toda mi vida: empujar hacia arriba á los que podían hacer algo, sin moverme yo de mi puesto.

Otra cosa había pensado, ya que retirarme no quiere: echarme á dormir un par de meses, á estilo masón; mas comprendiendo que iban á despertarme antes de terminar la semana los gritos, los silbidos y los insultos que los partidarios de los jefes se prodigan, he pensado que lo mejor será seguir como hasta aquí. Y así verá.

Y termino, amigo Aragonés, rogándole que me dispense por no haber sabido dar á su carta la respuesta que merecía; hay días que está uno más imbécil que de ordinario, y con pocos deseos de trabajar, que es lo que me pasa á mí hoy.

A esto obedece principalmente la reproducción de los artículos que siguen, tomados al azar entre los mil y pico que habré publicado en El Motín sobre el tema de la unión. Yo procuro engañarme á mí mismo haciéndome creer que lo hago para que los unos y los otros se convenzan de que, al intentar ahora que se unieran los jefes, no trataba de resucitar muertos ni de asesinar vivos, sino de ver si realizaba lo que tantas veces intenté con escasa fortuna; pero, en el fondo, no hay más que lo dicho: pocas ganas de escribir.

Suyo afectísimo amigo y correligionario en todo,

JOSÉ NAKENS

A lo nuestro

Estrechemos los lazos de unión entre las fracciones en que estamos divididos.

¿Qué lo impide? Las denominaciones, como tantas veces he dicho; el llamarnos los unos pactistas, los otros federales, los otros progresistas, etc. Llamándonos todos republicanos solamente, cuestión resuelta.

No prejuzguemos solución alguna. Cumplamos hoy nuestro deber como partido de oposición, y mañana... ¿Pero sabe a'guen lo que ocurrirá mañana?

El hombre más previsur no puede calcular los derroteros que seguiremos. ¿Fue la revolución de 1869 por el camino que sus iniciadores pensaron? No.

¿Ha ido la restauración por el que sus partidarios creyeron? No.

¿A qué preocuparnos entonces por el mañana, y atar cabos y garantizar intereses, si no sabemos siquiera adónde iremos á parar?

Entendámonos hoy en lo que nos es común, y dejemos á la lógica de los acontecimientos resolver lo de mañana. —1883.

El fin común

¿Fórmula que satisfaga á todos? Esta: no prejuzgar cuestión alguna hasta que triunfemos.

¿Pero y luego? Luego... ya veremos. Entendámonos ahora para realizar el acto de fuerza, sin preocuparnos de lo demás.

Aprendamos de los monárquicos. Si Martínez Campos en 1874 hubiera tenido en cuenta que su partido no se entendía, ni eran iguales las aspiraciones de moderados y canovistas, no habría ido á Sagunto. Le bastó saber que tenían un fin común, la monarquía, y se lanzó.

¿Que no se entienden ahora? Ya lo veo; pero la restauración vive y vivirá mucho tiempo, si los republicanos seguimos alimentando escrúpulos y desconfianzas.

De continuar así, valiera mas dirigirse al país, y decirle claramente:

«Amamos todos mucho la libertad y la república, siempre y cuando se reconozca y consagre el predominio de nuestra fracción respectiva sobre las demás; y si no, no.»

Y resignémonos á oír esta contestación, que merecemos:

«Váyense ustedes á paseo».

Concretando:

Coligémonos para derribar, y ya veremos quién edifica después. —1883

¡Ahora!

¿Por que no se citan un día y se reúnen los hombres importantes del partido, y en media hora se entienden?

¿A cuándo aguardan para pensar seriamente en los peligros que corren, y o ya la libertad sino la vida, no sólo la honra sino la patria, y obrar en consecuencia?

La intención de los restauradores conocida está ya; ir al parteamiento del régimen personal cuanto puedan.

Y ante ese peligro, ¿no tendrán nuestros jefes la abnegación de acortar distancias, de acallar diferencias?

A sellar, pues, la unión, y á ver si así los vacilantes se deciden, los tímidos cobran esperanza y los comprometidos ya en la obra revolucionaria no desmayan.

Guardar prudencia cuando se siente en el rostro la afrenta de una bofetada, fué siempre signo de cobardía. —1834.

La unión es la fuerza

Los momentos son decisivos.

Pudieron hasta hoy pequeñas rivalidades y emulaciones mantener apartados á los que siempre debieron marchar unidos. De hoy en adelante no debe ser así. Ante lo que viene, hay que formar fila compacta y estar atentos con el arma al brazo.

Pasó la época en que podían tolerarse discursos estériles; hoy debemos pensar sólo en esto: en ser republicanos.

A un lado los matices; tiempo quedará para ostentarlos y para trabajar cada cual en favor del suyo.

Imitemos á los monárquicos: los separan abismos más hondos que á nosotros, y no obstante, se conciertan y se unen para salvar lo que les es común.

Unámonos para salvar la patria y la libertad, que de lo contrario van á ser eclipsadas del todo.

Ovidémonos de nosotros mismos para pensar sólo en ellos, y ayudemos lealmente al hombre que tome la iniciativa, sea cual fuere. —1886.

Argumento de obra prima

A falta de razones para rebatir los cargos que les hago, se me dice que son honrados nuestros jefes.

Es verdad; pero convengamos en que la honradez por sí sola no resuelve la cuestión que debatimos. Un hombre puede ser muy honrado y muy incapaz á la vez.

El maestro de obra prima que fuese muy honrado, pero hiciera mal los zapatos, se quedaría sin parroquia, por más que invocase su honradez.

Honrados como ahora eran ya los jefes en 1873, y perdieron y desacreditaron la República en diez meses y medio.

Lo cual indica que á la cualidad de honradez deben acompañar otras de que ellos carecen para el caso concreto de ir á la revolución. —1892.

Lo que decimos y lo que hacemos

¿Cuál es la primera y principal aspiración de los republicanos? Acabar con los poderes inamovibles é irresponsables.

¿Estamos perfectamente convencidos de que esta necesidad se impone, para que la nación pueda disponer libremente de sus destinos? Convencidísimos.

Entonces, ¿por qué no comenzamos por predicar con el ejemplo? ¿Por qué tenemos jefes irresponsables é inamovibles?

En la monarquía se han dado casos, y se pueden dar aún, y ojalá fuese ma-

ñana, de que los jefes del Estado resultaran amovibles é irresponsables; hable D.^a Isabel II.

* Pero entre nosotros, demócratas y republicanos, ¡f! que se entroniza, jefe perpetuo. Haga lo que quiera, se arroge facultades que no le competan, vaya contra los deseos de la masa, no haya temor de que se le destituya ó se le exija responsabilidad.

Y véase por donde, al pedir poderes amovibles y responsables, vamos contra aquello mismo que en nosotros constituye práctica constante.—1894.

A la unión

Hablar hoy de otra cosa que de unión y gastar energías en otra labor que en la de pactarla, es conspirar contra lo que amamos.

Unión significa revolución, y revolución República. Claro es que la revolución no va á hacerse al otro día de unirnos, pero desunidos no la haremos nunca.

Conviene estar preparados para las contingencias del porvenir, no vuelva á ocurrirnos lo que cuando las Carolinas y cuando la muerte del rey, que no implantamos la República por falta de concierto y dirección.

Ahora mismo, en estos días de trastorno, pudimos también haberlo intentado con grandes probabilidades de éxito. Si se presentan doscientos hombres armados en el Congreso, mientras se entera el gobierno de si eran militares ó paisanos, hubiéramos dado al traste con todo.

¿Qué nos faltó antes y qué nos ha faltado ahora? Unión, dirección y decisión.

A pactar, pues, la primera, á elegir la segunda y á reservar la tercera para el momento oportuno.—1895.

¡Por favor!

No es esta ocasión propicia para hablar de principios ni de discutir hombres, sino de encontrar hombres que traigan la República para implantar esos principios. A la altura en que nos encontramos, solamente una falta no debe ser perdonada entre nosotros: la de oponerse á la inteligencia de todos. Hay que ver en cada republicano un camarada de pelea.

Federal, centralista, progresista, nacional... Deben proscribirse estos álias que separan y sustituirlos por esta palabra que une: *republicano*.

Abajo por lo tanto la consecuencia apollada, el principio ineficaz, el credo inservible. Todo lo que impida traer la República, no vale un comino.

¡Hombres antes que ideas! este debe ser el grito; que habiendo hombres, ideas habrá y medios de que fructifiquen.

¡Ideas! Desde la restauración acá no hemos hecho otra cosa que discutir las y depurarlas. ¿Y cómo estamos? Arémicos de virilidad y de voluntad exhaustos.

Hay que unirnos; pero, entiéndase bien, no para decir que lo estamos, si no para acumular y utilizar todas las fuerzas de que disponemos.

¿Qué sucederá si no nos unimos?

Que cuando la nación, agotada, pos-trada y deshonrada, pida su salvación á un cambio de régimen, para nada se acordará de nosotros.—1896.

La unión

Leo que se sigue procurando.

Perfectamente. Esa es la aspiración más viva de los republicanos, y debe satisfacerse.

Pero, entendámonos: la unión para algo, la unión fecunda, la unión que nos lleve á donde deseamos. Hay que marcar fijamente para qué nos unimos.

Más claro: hay que unirnos para hacer lo que debemos. Porque si no, si fuese únicamente para poder decir que lo estamos, valiera más permanecer desunidos.

Hoy podemos disculpar nuestra inacción con la cantata de que no estamos unidos. Si mañana nos unimos y nada hacemos, se nos concederá patente de impotencia. Y con justicia.

Puede el hombre echárselas de potente y la mujer de fecunda mientras no se aparean prácticamente. Pero si lo hacen y no dan vida á un ser nuevo, hay motivo para decirles: «No sirven ustedes».

Evitemos que pueda decirse esto de nosotros, y para ello hagamos una unión verdad, viril y emprendedora; no romántica ó de apariencia.

Cien ratones *unidos* para discutir eternamente cuál de ellos le pondrá el cascabel al gato, harían papel más ridículo que permaneciendo *separados* sin discutir nada.—1900.

Bernardo Delicioso

Este intrépido fraile de Carcasona, vivió á comienzos del siglo XIV. Púsose al frente de un movimiento contra las iniquidades de la Inquisición. Un buen núcleo de frailes de su orden le siguió y acometieron la empresa de agitar el pueblo, que se puso de su lado.

El partido tenía ramificaciones por España é Italia.

Amigos y corresponsales de Fr. Bernardo, eran en Mallorca el beato Raimundo Lullio, y en Italia Arnaldo de Villanueva (Brescia).

Fué aquella una de las campañas democráticas más intensas. Arnaldo de Villanueva fué el campeón de la idea republicana.

Agitado el pueblo y preparados los apóstoles de la idea antiinquisitorial, los soberanos franceses viéronse obli-

gados á tomar cartas en el asunto. Los inquisidores ganaron el apoyo del confesor del rey; los demócratas el del confesor de la reina. Por fin el soberano vióse forzado á empeñar su palabra de exigir del Papa la destitución de los inquisidores y la suspensión de los procesos incoados.

Faltó el rey á la lealtad jurada al pueblo, y en vista de esta infidelidad, el partido demócrata nombró sus diputados (cónsules) que, reunidos en asamblea en Carcaz, se declararon en Cortes constituyentes.

Llevó la voz Elías Patriceo. Denuncia al Congreso la traición del rey al pueblo; acusa de tenerlo vendido á los tiranos romanos, y que en consecuencia, los ciudadanos de Carcasona habían declarado perdidos los derechos del soberano traidor al pueblo, é invita la obediencia, por ser atentatoria contra la patria y contra la salud pública.

Mientras se celebraba esta acción popular, Fr. Bernardo había trabajado al joven príncipe Fernando de Aragón que se sumó al partido antiinquisitorial y se comprometió á ponerse al frente del movimiento. La asamblea le proclama soberano, y los cónsules se esparrañan para producir la insurrección contra el monarca ligado con el Papa.

La camarilla cesarista descubrió el proyecto. En vez de castigar al rey pérfido, declaró traidores á los cónsules populares. El 28 de Septiembre de 1304 era ahorcado en Carcasona Elías Patriceo con otros 14 ciudadanos; el 29 de Noviembre fueron ahorcados cuarenta vecinos de Limoges.

Fr. Bernardo pudo escapar á la persecución. El rey de Francia comenzó sus gestiones para obligar al Papa á matarlo por medio del Santo Oficio. El Papa, comprendiendo que Fr. Bernardo sería un arma política para poderla esgrimir en su juego con el rey de Francia, emplató á Roma á Fr. Bernardo, brindándole protección. Sabía el fraile lo que valen las promesas de los papas: éralo Benedito XI, dominico. El fraile tomó el viaje tan lentamente que antes de llegar á Roma pudiese haber muerto el pontífice, como así ocurrió.

Cuando todo se creía olvidado, en 1318 el Cristianísimo vuelve á pedir al Papa (Juan XXII) la cabeza de Fr. Bernardo. Al Vicario de Cristo parecióle muy católico y muy digna de Cristo la concesión de esta gracia, y ordenó á la Inquisición proceder contra Fr. Bernardo.

Y el acto de la comparecencia es el que expresa nuestra lámina de hoy.

CIENCIA Y RELIGION

FOR

MALVERT

35 grabados.—Precio: 1 peseta.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

FOR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

Blasfemia sublime

Maniobraba una locomotora en la estación de Orihuela cuando se colocó en la vía un niño de corta edad: tres vueltas más de las ruedas, y queda convertido en masa informe.

Ver el jefe de la estación el peligro que corría, y arrojarle sobre el niño lanzando una frase exérgica, y orgerlo, y salvarle, fué obra de un segundo.

Mas ¡ah! que como las mejores acciones humanas son dignas de reprobación si no se ajustan á los cánones católicos, la suya le valió al jefe un disgusto.

Pues hablando cido un par de curas que por allí cruzaban la frase aquella, se escandalizaron y corrieron á dar cuenta al obispo, quien dictó una pena, grave según la Iglesia.

Esto se refiere, y vive Dios! que si ocurrió así jamás padrenuestro reza do con las manos cruzadas sobre el pecho produjo acción más grande ni más santa.

¿Cuál fué aquella frase? No me importa saberlo: cualquiera; la que más horripile á los hipócritas; la que suene peor al oído; la más inculca.

¿Y qué? Si ella salva la vida á una inocente criatura, si libra á una madre del dolor más terrible, no digo una, un millón de frases iguales resultan hermosas.

¿Que pudo haber salvado al niño, exclamando á la vez «bendito sea Dios». Lo niego. En los momentos supremos, cuando es preciso unir la acción á la palabra una interjección así centuplica el esfuerzo.

¿Qué hubiera sido preferible en aquel caso? ¿Que el jefe se pusiera á santiguarse, como probablemente harían los curas, y la locomotora avanzara y des trozase al niño?

Que se lo preguntén á la madre cuando lo estreche contra su amoroso seno, ó escuche enajenada los dulces gorjeos de su charla infantil. ¿A que dice que aquella frase no es una blasfemia, sino un himno?

En el caso concreto de que me ocupo, la blasfemia, fuese la que fuere, resultó tan admirable, que los curas debieron caer de rodillas ante el que la pronunció.

Pues eso y más merecía el hombre que siguió sin reflexionar los impulsos de su corazón, y, con peligro de su vida, salvó la de un ser humano.

Pero, nada, siempre lo mismo. La letra matando el espíritu; lo aparente sobreponiéndose á lo real; el convencionalismo imponiéndose á lo verdadero.

Los que se asustan y escandalizan por una frase que presta valor para librar de la muerte á un niño, no tienen una palabra de reprobación para los infames que fusilaron en la pasada guerra á seres indefensos rezando á la vez el Ave María.

Pero ¿quién hace caso ya de ciertas gentes? ¿Dicen, porque viven de eso, que la blasfemia ofende á Dios? Bien. ¿Excomulgan al que pronuncia alguna? Mejor.

Yo, en cambio, censuro á los que tienen el hábito de blasfemar, sólo porque es feo, de mal gusto, y parece molestar á quien la escuche.

Pero cuando me encuentro frente á

un hombre que se permite ese desahogo al realizar una acción tan heroica como la del jefe de la estación de Orihuela, exclamo:

«Eso no es blasfemia; eso es armonía, himno plegaria, oración.»

Y siento que no se me ocurran más palabras de elogio, para elogiarlo más.

Escribí este artículo allá por el ochenta y tantos del siglo pasado, y lo reproduzco hoy para rectificar todos aquellos conceptos que en él emití condenando la blasfemia en nombre del buen gusto y de la cultura.

El tiempo no pasa en balde y el transcurrido desde entonces me ha enseñado que la palabra blasfemia es sinónima de la de energía, virilidad, como ya dijo Espronceda:

Que cuando shoga el pecho un sentimiento y el ánimo se achica, porque crezca y el corazón se ensanche y se engrandezca no hay suspiro mejor que un juramento.

Lanzando blasfemias desahogan el pecho los explotados de las bascas que amontona en él la injusticia, permitiéndoles por un momento respirar libremente.

Lanzando blasfemias se a a la tierra, se siembra el trigo, se recoge, se muele y se amasa para que se lo coman los que rezan.

Lanzando blasfemias se horadan las montañas, se construyen puentes, y se allanan terrenos para dar paso á los coches, á los trenes y á los automóviles, contruidos también por los blasfemos para que los utilicen los devotos.

Lanzando blasfemias se extrae el hierro, el oro y todos los minerales de las entrañas de la tierra, se depositan sobre la superficie, se conducen al horno, se funden, se moldean, se transportan, se distribuyen, se destinan á usos diversos.

Lanzando blasfemias se construyen los buques que transportan de un punto á otro los productos, que unen los continentes, que difunden la civilización.

Lanzando blasfemias se realiza todo lo grande, todo lo sobrenatural; lo que hace del hombre un ser digno de habitar la tierra y de trabajar para transformarla, para someterla, para hacerla servir al bienestar común.

Y en demostración de que la blasfemia es necesaria al hombre para no abatirse en las grandes contrariedades, voy á recordar el caso de aquel obispo que iba á Filipinas acompañado de varios eclesiásticos que por primera vez navegaban.

Sobrevino una tempestad deshecha y los marineros comenzaron á maniobrar desesperadamente lanzando blasfemias horribles.

Los eclesiásticos rezaban entre escandalizados y asustados, mientras el obispo sonreía plácidamente, tanto más mientras más gordas eran las blasfemias.

Al cabo de una lucha de un par de horas, al compás de imprecaciones terribles á los habitantes del cielo, los marineros, desconfiados ya de salvar el

buque, comienzan á dudar, á ceder, á callar, hasta que, abatidos, resignados, se miran, se abrazan y comienzan á mascullar el credo.

Y entonces el obispo cae de rodillas, y mirando con ojos desencajados á su séquito, exclama en el tono de las desesperaciones y las tristezas infinitas:

«Encomendemos, hermanos, nuestras almas á Dios. Mientras blasfemaban los marineros, había alguna esperanza; ahora que rezan, es'amos completamente perdidos. Creo en Dios padre todopoderoso etc., etc.

Y al poco tiempo el buque se hundía con todos los que en él iban.

Apologista condenado

Hen Rambacher, un apoloquista de las virtudes milagreras de la piscina de Lourdes, venia publicando artículos en los que acusaba de ignorantes y de proceder de mala fe á los hombres de ciencia que negaban la eficacia curativa de la piscina.

Entre los sabios con quienes se atrevía Rambacher figuran el famoso profesor Hakei y el médico Aiquer, que cansados de los ultrajes del «quidam» apoloquista, le llevaron á los Tribunales.

Estos condenaron á Rambacher á 400 marcos de multa, considerando que las querellantes habían probado científicamente sus asertos, y que, por tanto, hubar de su mala fe era calumniarles.

A Juan Pueblo

¿No te convences, Juan Pueblo, de que tú, y sólo tú, por tu propio esfuerzo y ensordeciendo á consejos y discursos de santones, que á tus expensas viven y medran, has de llegar á tu emancipación y á reconquistar el honor y la libertad que te corresponden?

¿Vas llegando al convencimiento de que para sentir y pensar contigo, precisa estar en tu propio ambiente, sufrir tus dolores y experimentar tus amarguras, tener hambre y sed y ver las carnes de tu carne flageladas despiadadamente con el látigo del tirano?

¿Reconoces, á la postre, que aquellos que de tu seno sacas, elevas y confirmas de apóstoles de tu causa, cuando se alejan de las tristuras, de la miseria y del dolor, olvidan el pasado, y en el bienestar presente ya estiman tu sufrir más lento y llevadero, y ya des le la altura te dicen un día y otro día «espera, aguarda y confía?»

En los Municipios, Diputaciones provinciales, en el Congreso, juntas de Reformas, etc, allí se escucha sin cesar, cual tenaz martinete, el golpeteo literario de una verborrea sempiterna: «el obrero clama, el obrero pide, el obrero demanda la redención obrera, la santa causa del proletariado... pero ni de Municipios, ni Diputaciones, ni de esas tan cacareadas Reformas Sociales, surge nada práctico, ni medida enérgica que contenga al tirano en sus brutales egotistas acometidas al infeliz obrero.

Tus victorias son tuyas; exclusivamente tuyas; debidas á tu propia iniciativa y esfuerzo.

Cuando resignado y pasivo pediste y esperaste en tus apóstoles, aún aguardas la concesión de tu demanda.

Cuando prescindiste de intermediarios y sólo inspirado en la fuerza de tu derecho y en la justicia de tu causa, suprimiste jefes y santones y tú, sólo tú, acudiste á exigir, no rogar, el reconocimiento de la razón que te asistía y no obtuviste la victoria?

El último triunfo, la victoria última que has obtenido ¿cómo fuera? Déjame pasión de secta á un lado y juzguemos con espíritu sereno el caso.

Saltando por todo convencionalismo, y por etiquetas mal entendidas en ciertos y determina los casos, rechazaste un Laudo oficial, porque entendiste que *aquello* era continuación de lo que tú pretendías arrasar de ti.

El telégrafo te anunciaba á las pocas horas, que precisamente simultáneo á tu protesta, aquellos santones tuyos, encumbrados y salidos ayer de tu propia entraña, aplaudían y elogiaban, en pública asamblea, ese mismo Laudo.

Fuiste enérgico, tenaz y consecuente; y lo que aplaudieron tus prohombres, el propio gobierno hubo de reconocer lo limitado del Laudo y se apresuró á entender su acción hasta donde tú, Juan Pueblo, insististe en obtener.

¿Qué hubiera ocurrido si inconscientes, subordinados ó mansos, ante el juicio de los apóstoles de arriba, aplaudes el primitivo Laudo?

Tuyo, pues, ha sido el triunfo, la victoria tuya; y ante un hecho como este, el de los ferruvarios malagueños, ¿cómo no han renunciado los *iluminados*, esos apóstoles, á esos papeles, en los que nos han resultado Alabarderos del Tirano, en vez de jueces de tu causa?

Ese, y sólo ese, es el camino; no lo olvides y de él no te separes, pobre Juan Pueblo.

Málaga.

PARÍS

Un obispo condenado

Han sido condenados á varios meses de prisión por la Audiencia de Digne, el obispo de la diócesis, monseñor Castellan, y el canónigo Barbaroux, acusados de desfiladores.

Los hechos, según se establecieron en la vista, consisten en haber retirado el obispo del Banco de Francia, donde estaban depositados los fondos del Obispado, 900.000 francos, cuya inversión no justifica.

Según la acusación fiscal, monseñor Castellan no retiró los fondos personalmente, sino por medio del canónigo Barbaroux, que en el Banco dijo llamarse M. Lecolier, y de una dama, llamada Banca Martín, cuya pista se ha perdido.

En su defensa alegó el obispo que dichos fondos no pertenecían al Obispado, sino que eran «depósitos colocados bajo la salvaguardia de la religión», y que é podía dedicar secretamente á fines caritativos.

Si como importamos de Francia tan-

tas modas extravagantes y ridículas, importáramos esa tan elegante de prender ebispos, yo pasaría el resto de mi vida feliz y satisfecho.

Y hasta creería que la Justicia se había instalado en España como en casa propia.

Desgraciadamente no espero verlo, lo cual me apesadumbra mucho.

El crimen de Huesca

El clérigo D. Prisco ha sido puesto al fin en libertad, y dícese que será descartado de la causa que se sigue por aquel infanticidio descubierto merced á las oficiosidades de un gato.

Me alegraría que la segunda parte se confirmase, para que así nadie durara de la inocencia oficial de D. Prisco.

Y también para que los gatos aprendieran en ese de Huesca á no inmiscuirse en asuntos que no caen bajo su jurisdicción, y menos si de rebote podrían lastimar en su honra ó en su fama á un respetable ministro del Altísimo.

Caminaba tranquilamente la procesión por una de las calles de Híro, cuando se vienen de pronto al suelo las imágenes de San Crispín y San Crispiniano, resultando la primera con el cráneo fracturado y la segunda con un brazo, amén de otros desperfectos en el físico.

Lamento la desgracia.

Pacotilla

Ha sido objeto de un atentado el obispo de Cetto (Italia), monseñor Trama.

Le *tramó* contra él un respetable sacerdote, á quien había suprimido las licencias para decir misa.

El autor del atentado, esgrimiendo un cuchillo, se abalanzó sobre el prelado, que paró el golpe valientemente.

A veces por minúsculas rencillas, cualquier obispo, promoviendo bullas, va y saca á un coadjutor de sus *casillas* por quererle sacar de sus *casillas*.

Que es lo que le ha sucedido al obispo de Cetto, por imprevisión.

Porque al suprimir al cura las licencias de decir misa, con razón ó sin ella, no le suprimió las licencias de usar cuchillo obispoidal.

No es lícito á ningún cura, ni aun para cazar á un topo, usar más arma ofensiva que el hisopol

El canónigo señor Cardelli estaba diciéndole misa en la Catedral de Palermo y apenasapuró el cáliz se desplomó hacia atrás en medio de grandes dolores.

Analizado el vino, se comprobó que contenía sublimado corrosivo en dosis potente.

Se sospecha que el autor del jicorazo sea otro canónigo, con quien tuvo el

intoxicado pocos días hace una fuerte disonta por las doctrinas modernistas. Y él mismo ha dado fundamento á la sospecha, escapando al saber que la guardia iba á detenerle.

Un canónigo agresivo beber á un colega haciendo sublimado corrosivo...

Sublimemente estupendo!

¡Pero rediez con el modo de convidar que tiene ese señor canónigo, Así; sólo el sublimado.

¡Sin dar de jamón antes unas lonjitas, ni siquiera unas tristes aceitunitas!

El Can'tabrico

Otro que se va

Enrique Giraldez (ex fray Amador) se ha dirigido al Nuncio del Papa en España, diciéndole:

«Que habiendo sus padres, en cumplimiento de su religión y de los preceptos de su Iglesia, dispuesto de su persona en dos ocasiones, una pocos días después de nacer, y otra seis ó siete años después para imponerle el bautismo y la confirmación, sin que, como es natural, pudiera en aquellas edades negarse ni consignar la más formal y solemne de las protestas contra la ejecución de tales actos, contrarios á la expresión de su voluntad cuando consciente y libremente pudiera exponerlas, por no comprender en tan tierna edad la significación y alcance que la sociedad aún le reconoce».

«Siendo hoy por sus profundas convicciones materialista y ateo, y deseando no figurar un minuto más en la religión Católica Apostólica Romana, que le fué impuesta aprovechando su total ignorancia».

«Suplica atentamente que, respetando su indiscutible derecho á no constar como miembro de ésta ni de ninguna otra religión, por no creer ni profesar ninguna de ellas, y en atención á las razones expuestas, se digne su reverencia ilustrísima dar las órdenes oportunas al señor obispo de la diócesis de Orense, para que deje sin efecto el acto de su confirmación y sea borrado su nombre en cuantos libros de la Iglesia pueda figurar, para quedar materialmente, ya que moralmente lo está, fuera del seno de la Iglesia Católica».

«Asimismo ruega se dicte contra él la mayor de las excomuniones que proceda con arreglo á la gravedad de este su acto, que se complace en hacer público para satisfacción de su conciencia antirreligiosa».

Bien, Giraldez, bien. Y ahora que se lo has contado al Nuncio, á trabajar para redimirte de la vergüenza de haber sido frailes.

Sólo por el trabajo viene la redención del hombre.

«Muchos católicos alemanes de nota han hecho saber al Vaticano, que si se empeña en inmiscuirse en las cuestiones obreras, los obreros católicos, para asegurar sus derechos, ingresarán en los Sindicatos socialistas».

Cuanto antes mejor.

El tejado de vidrio jesuítico

Los beneméritos Padres de la Compañía de Jesús son y han sido siempre terribles censores de toda clase de vicios y pasiones, y de un modo especial contra los desórdenes del clero secular. ¡Cuánto han clamado los ilustres hijos de San Ignacio contra la corrupción clerical! Llenáramos muchos volúmenes citando los apóstrofes de indignación que brotaron de sus celosos labios ante las flaquezas sacerdotales. ¡Curas sodomitas, curas seductores, curas apóstatas, curas casa los! ¡Horror, abominación!

Todo eso está muy bien, y este escándalo farisaico de los jesuitas nos edifica; pero lo malo es que los buenos Padres han olvidado que tienen el tejado de vidrio, y que no pueden hablar de nada ni de nadie. Procuremos recordarles sus tejas de cristal, para que no apedreen las ajeras.

Dijo una vez Pío IV. delante del cardenal Garnesio al bajar de Portugal: «Que los jesuitas eran de un modo especial las tropas del Papa, de tal modo, que cuando alguno ingresaba en la Compañía, el Papa debería pasarle una paga, como soldado suyo.»

San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, y cardenal, había oído a su tío el Papa Gregorio XIII hacer también grandes elogios de los jesuitas, que se los llevó a su diócesis, concediéndoles el rico priorato de Breza, y la abadía de Azona, les confió la dirección de todos los seminarios de la diócesis, y les fundó los colegios de Lucena y Triburgo, y otros varios. San Carlos era un santo, santidad que según el P. Sachin, se la debía toda a su confesor el P. Juan Bautista Rivera, de la Compañía, el cual mientras conducía al cardenal por las evasadas cimas de la perfección, se dedicó a la caza de todos los chicos guapos del palacio arzobispal, y de los seminarios milaneses, prefiriendo de un modo especial un paje de la Eminencia por su belleza y apostura. El escándalo llegó a tal grado, que todo el mundo censuraba el desecoro y cinismo del jesuita; llegó el rumor a oídos del santo cardenal, el cual juzgaba imposible que su confesor hubiera caído en tal grado de abyección; pero tuvo que rendirse a la evidencia, hizo indagaciones en los seminarios confiados a los jesuitas, y vio que eran un foco de sodomía; y tales cosas comprobó y tan abominables, que prohibió a su confesor el P. Rivera, que volviese a comparecer ante su presencia, y vea a sus familiares que le hablaran de él. La Compañía de Jesús, y de un modo especial el P. Julio Marrazino, se revolvieron furiosos contra su protector, desacreditándole y calumniándole con numerosas publicaciones y folletos satíricos, y censurando su conducta desde el púlpito de la misma catedral. San Carlos se vio obligado a defenderse de los jesuitas, quitándose la dirección de los seminarios y colegios que les había dado, y llegando hasta negar las órdenes sacerdotales a todos los jóvenes que procedían de colegios jesuíticos. Su sobrino y sucesor el cardenal Federico Borromeo, acabó de perfeccionar la obra de San Carlos, quitando a los jesuitas todos los cole-

gios que dependían del arzobispado de Milán.

El lector que quiera enterarse más al por menudo de estas cosas, lea las cartas que San Carlos escribió a Mr. César Spetiano, Protonotario Apostólico y su agente en Roma, y las respuestas de éste. Todas las Cartas de San Carlos están aprobadas por el Inquisidor General de Venecia y los Reformadores de la Universidad de Padua, y se hallan en las Bibliotecas de Padua, Venecia, y en otras muchas públicas, habiéndose editado una colección de ella impresas en varios volúmenes.

Del jesuita Rivera, cazador de efebos venustos, pasamos al polo opuesto, al Padre Mena, apóstol de los estudiantes de Salamanca y corruptor de doncellas devotas. Era este jesuita alto, delgado, y usaba una sotana muy rafia, gran solideo y no menos grande rosario. Su palabra era impetuosa y encendida, cualada de apóstrofes terribles. «Nos hacía temblar—afirma un testigo ocular—y to los le teníamos por un santo.»

Enamorado de una doncella hermosa y sencilla que se confesaba con él, le comunicó que Dios le había revelado que se casara con ella, y que vivieran como casados cuando pudieran, pero que hasta entonces guardaran secreto riguroso de ello, que nadie lo supiera. La doncella juzgó el caso algo fuerte y quiso saber la opinión de algunas personas doctas; pero el P. Mena no se arredró por eso y se dirigió a los más hábiles doctores de la Universidad salmantina, y les dijo que se confesaba con él una persona tan escrupulosa que no quería seguir sus consejos si estos doctores no los confirmaban, y les rogó que la aconsejasen que podía seguir con toda tranquilidad todo cuanto él le dijera. Como tenía gran fama de espiritual y recto obtuvo sin dificultad lo que pedía, y mostrándolo al aprobación a su Filotea, cometió con ella las mayores liviandades, aposentánola en una especie de eremitorio, donde la visitaba varias veces al día.

Llegó el rumor de estas cosas a la Inquisición, y el P. Mena fué preso en las cárceles del Santo Oficio de Valladolid; la escandalera que se armó en Salamanca con esto, fué terrible, y toda la Compañía se lanzó en su defensa. Alegando que el P. Mena estaba enfermo, consiguieron de los inquisidores que le señalaran por cárcel su colegio, bajo la custodia de los familiares del Santo Oficio. Obtuvieron lo que deseaban, y una noche, mientras los guardianes, que tenían orden de no perder de vista al preso, estaban cenando en el refectorio, comenzó la campana de la comunidad a tocar a muerto y los jesuitas dijeron que el P. Mena había muerto, poniendo en la cama un muñeco de cartón, y rezando todos en torno suyo las oraciones de difuntos. Mientras tanto, el P. Mena montaba en una soberbia mula con bolsa bien repleta, y se dirigió a Ginebra, donde abjuró del catolicismo y abrazó el judaísmo, casándose y teniendo hijos, llegando a rabino y explicando públicamente la ley Moisés en la Sinagoga.

De la devota que corrompió en Salamanca no se supo más, pero los hijos que tuvo de ella fueron protegidos por los jesuitas y educados y alimentados en el colegio de la Compañía de Salamanca.

Fundándose en el osso del P. Mena su colega el P. Salas, en su *Teología Moral*, lib. 2.º trat. 8.º sec. 5.ª, núm. 51, afirmó: «que un religioso profeso de una Orden aprobada por la Iglesia, el cual tenga una verdadera probabilidad de una revelación divina, que Dios le dispensa de su voto de castidad, puede casarse y usar de esta dispensa.» Se ha dicho que el moralista jesuita Salas cambió después de opinión, pero esto no merece mucha fe. También el famoso P. Cotton, confesor, y valido de Enrique IV, afirmaba muy en serio ante los cortesanos que desde la edad de veintidós años no había cometido ningún pecado mortal, y luego se halló una carta suya dirigida a la señorita Clarensac de Hismes, en la que había este párrafo: «Espero veros bien pronto para pagaros el capital y los intereses de mi ausencia; os amo tanto, que ni en el Paraíso sería dichoso si no estuvieraís vos allí.» Cuando el P. Cotton exorcizó a la poseía Adriana Dufresne, también pidió al diablo noticias de su adorada señorita de Clarensac.

Aún nos quedan más tejas de vidrio jesuíticas que sacar a luz.

FRAY GERUNDIO

Catedrático curioso

Un catedrático de la Universidad de Zaragoza, que pone en sus tarjetas «*Feligrés de la parroquia de Santa Engracia*», se permite preguntar a algún alumno en el momento del examen: ¿qué religión pertenece y qué ideas sus, tenta.

Eso prueba que es un hombre de conciencia escrupulosa, que no quiere reprobar a ningún católico, aunque sea un animal. Y viceversa.

Y que es además un tantico curioso, cualidad generalmente femenina.

Por esto no me extrañaría que para satisfacer esta ampliase un día sus preguntas; que le preguntase, por ejemplo, al examinarlo a un alumno, después de enterarse de que era católico:

—¿Dónde compran en su casa las judías para los potajes de vigilia?

—En tal parte.

—¿Y ventosea usted mucho cuando las come?

Etcétera, etcétera.

Según como se mire

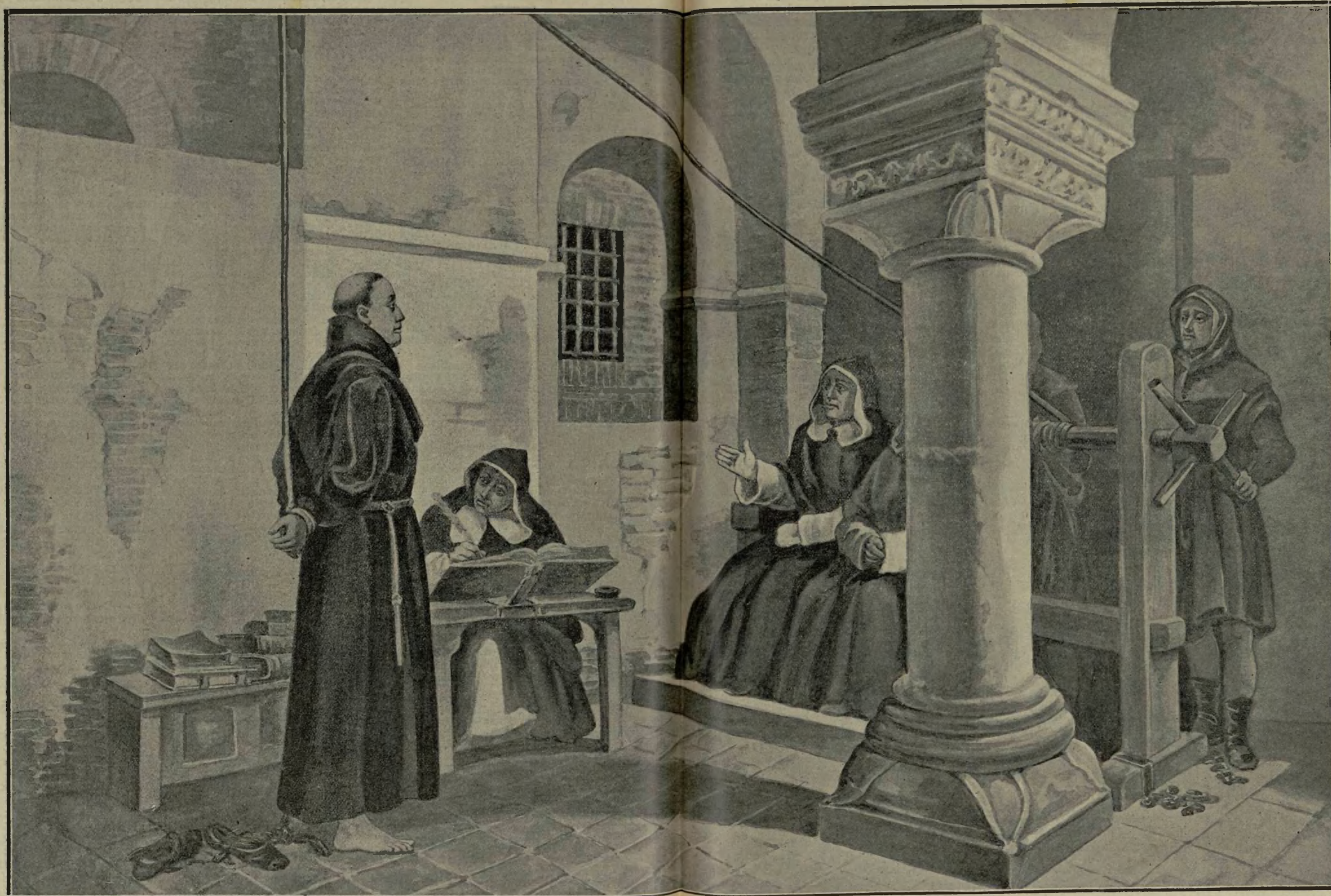
El cura de Benicarló llevaba el viático a un enfermo muy grave.

Vió cuatro jóvenes que no se arrodillaban a su paso, como es costumbre en el pueblo aquel, y mientras se dirigió a ellos, los increpó y consiguió que se arrodillaran, perdió cinco minutos.

Si el enfermo se hubiera muerto sin recibir el viático por aquella pérdida de tiempo ¿de quién habría sido la responsabilidad si ingresa en el Purgatorio, ó quien sabe si en el Infierno?

Del cura indudablemente, lo cual le hubiese dejado grandes remordimientos. Aunque si piensa como yo...

EL MOTIN



El fraile franciscano Bernardo Delicioso en la Inquisición de Albi. *(Cuadro de Laurent.)*
Ayuntamiento de Madrid

ADVERTENCIA

En el número próximo saldrá en otro tipo de letra El Motín.

Con tal motivo, y teniendo compues-
to hasta el final el interesante estudio
del incomparable Roberto Robert, sobre
Los templos y sus huéspedes, lo publi-
camos todo en este número.

Los templos y sus huéspedes

POR

Roberto Robert

ción de su cargo, dice un personaje
aparte:

—En viendo un par de ojos negros,
no se acuerda de que es rey.

CCLVI

Por lo demás, no me cansaré de re-
petirlo: ignoro de qué color eran los
ojos de la monja.

Parece que el proto-notario tuvo
gracia ó acierto ó ambas cosas en la
pintura que hizo de la monja, pues el
rey sintió inmediatamente vivísimos de-
seos de verla, por lo pronto.

Y digo con toda intención «vivísi-
mos deseos», porque no dilató la oca-
sión de tenerla en su presencia.

No era, empero, cosa de ajar el de-
coro de S. M. ni comprometer con el
escándalo la buena fama del convento
de la Encarnación Benita, que así se
llamaba entonces San Páido.

Acudió discreto el rey á entrambos
reparos, y se disfrazó de mero subdito
violable.

CCLVII

Como el proto-notario entraba en el
convento cuando le parecía, entró con
el rey; llamó con un pretexto á la mon-
ja, salió ella muy bien mandada al locu-
torio, y hablaron largo rato, para que
S. M. pudiese á su sabor contemplarla;
y tal y tan bien le pareció la encareci-
da beldad al monarca, que la tuvo por
muy superior á las ponderaciones del
proto-notario, por brevísimo rato el
largo tiempo que disfrutó de su grata
presencia, y en menos el cetro de am-
bos mundos comparado con la pose-
sión de Magaita.

—No desearé la mujer del prójimo,
decía meditando; pero Dios no es
nuestro prójimo por fortuna.

CCLVIII

Por fin, que se enamoró locamente;
que abrazó á su ayuda de cámara; que
se puso una margarita en un ojal, como
precursor de los carlistas del día; que
hizo locuras de enamorado, puede su-
ponerle el lector sin miedo de caer en
exageración alguna, porque cuando
D. Felipe decía: me conviene esta mu-
jer, no había para él calma ni aguante.

CCLIX

El conde-duque, como ministro y co-

mo amigo, era depositario de los secre-
tos del rey, y lo fué siempre de todo
cuanto á los efectos de su ánimo se re-
fería.

Acompañábale en todas sus empre-
sas; estimulábale si le veía tibio; enfren-
aba sus ardores; distraíale en las tris-
tezas; auxiliábale en los empeños: había
nacido para amigo de rey, oficio difi-
císimo, y en el que sobresalió extraor-
dinariamente.

El conde-duque, pues, fué enterado
del suceso, de la rara hermosura de la
monja, del apasionado ardor del monar-
ca y de sus ansias por ponérselos al di-
vino esposo.

CCLX

El rey tenía á su disposición todo el
oro de sus fieles vasallos, nuestros
abuelos; el conde-duque tenía una acti-
tud muy especial para las trazas de in-
genio, gran voluntad y carácter insi-
nuant; el ayuda de cámara tenía el pa-
tronato del convento, y además tenía su
casa muy cerquita, muy cerquita del
respetable asilo de la Encarnación Be-
nita.

Con tales elementos bien aprovecha-
dos, y con un poquito de sensibilidad
en la bella Margarita, no había de ser
imposible convertir al Salvador del
mundo en lo que solemos llamar un
marido desgraciado.

CCLXI

La monja amaba á Dios, que era su
esposc; amaba á ella el rey, que era
imagen de Dios; podía muy bien equi-
vocarse ella tomando á oscuras la co-
pia por el original, y...

No quiero proseguir perezosamente me
estremeció al pensar en la serie de la-
mentables equivocaciones en que po-
día incurrir la inocente Margarita, con-
fundiendo al rey de España con el rey
de tierra y cielo.

CCLXII

No se durmieron los galanes en la
aventura.

Dice el manuscrito de la época que
trata de este asunto.

«El amoróse el rey, el conde con su
«cordero facilitó las disposiciones, y en
«fin, todas las noches eran largas las
«visitas.»

CCLXIII

Y con la frecuencia del trato, el estí-
mulo de la prohibición, el atractivo del
misterio, las tentaciones de la oscuridad
y silencio, lo poético del silio, el tem-
peramento del galán y la belleza de la
monja, no hay para qué decir cuál sería
el encandilamiento de la católica majes-
tad del señor rey D. Felipe IV.

CCLXIV

Margarita acudía dócil á las citas del
monarca.

La historia no dice que opusiera la
menor resistencia al galanteo; la supe-
riora del convento no lo impedía; y si
el rey «encendido (como dice el re-
«ta), encendido con el fuego de su ape-
«tito, pretendió atropellar con todos los

«inconvenientes», la bella Margarita, allá
en su solitario lecho, divizaba, bañada en
llanto, á su divino esposo, las más in-
congruentes súplicas, se apretaba el co-
razón con entrambas manecitas y lidiaba
con sus amorosas ansias abrasada de
amor de cielo y tierra; porque

Amour de femme est un feu qui devore;
Amour de noume est cent fois pis encore.

CCLXV

El monarca de ambos mundos pasa-
ba las madrugadas escribiendo segundillas
eróticas.

De día, le hablaban de Flandes y él
respondía de conventos; le hablaban de
fronteras y él contestaba de locutorios.

La imagen de Dios no comía, ni be-
bía, ni dormía; deseaba, anhelaba, an-
siaba á Magaita.

Contemplaba el bello rostro de la
monja y deseaba ser su to:ra.

Vefala pasar los dedos por su rosario
y quería ser grano de ámbar.

Quería ser el perfume de su celda, el
agua de su baño, la hostia de su eucar-
istía.

Parece imposible; pero no hay rey
que quiera dejar de serlo, y no quiera
además ser otra cosa.

CCLXVI

En toda clausura se discurre y co-
menta mucho sobre el menor suceso
ocurrido de rejas á dentro.

En los conventos de monjas hay un
género especial de curiosidad y fiscali-
zación, un calor propio y un ingenio
agudísimo.

No es posible pasar el día entero en
divino arrobamiento; no es posible em-
botar todos los sentidos; y la concen-
tración de ciertas facultades y su apli-
cación á un reducido círculo, dan una
sagacidad que casi llega á confundirse
con el don de adivinanza.

CCLXVII

En la manera de persignarse, en el
modo de decir Amén, descubre una
monja á su compañeras todos los secre-
tos de su pecho.

Una mirad; el preguntar contra la
costumbre qué hora es; el no ser pun-
tual en ir al jardín; el dejar los postres;
el sonreír oyendo pronunciar un nom-
bre de tela, de aldea ó de oficio; el pe-
dir más berros; cada una de esas pe-
queñeces y otras semejantes, son indici-
os reveladores para una comunidad
de vírgenes consagradas al Señor.

CCLXVIII

Así, pues, las frecuentes visitas noc-
turnas de Felipe IV al convento; el ver
á Margarita ausente de su celda todas
las noches; el semblante ora pensativo,
ora ir adiendo esperanzas, ora mohino
y exigente de la superiora; ciertas pre-
cauciones que antes no se tomaban,
dieron qué pensar, qué discurrir, qué
maliciar á las reclusas.

CCLXIX

En sus paseos cotidianos discurrían
de dos en dos por el jardín con los
ojos bajos, las manos en las mangas, y

parecían no mover los labios; pero á cada vuelta, con palabra rápida una llamaba la atención de su compañera sobre la asiduidad desusada con que el joven proto-notario visitaba á la buera madre; otra preguntaba si eran, en efecto, del conde duque los repetidos billetes que la buena madre recibía; otra preguntaba quién sería el mancebo que unos días con el conde-duque y otros con el proto notario visitaba el convento; y todas estas breves insinuaciones llevaban por estribillo el nombre de Margarita.

CCLXX

Andaba ésta inquieta, ensimismada, melancólica. Estremecíase á veces al contacto de la tenue brisa, como una sensitiva animada; á preguntas que repentinamente le eran dirigidas, contestaba morosa y distraída como si tuviese el pensamiento lejos, muy lejos; y en medio de un *Gloria Patri* se interrumpía apagándose la voz y dejando caer la cabeza sobre el pecho, como su tocaya en lo de

«Eru un ré di Tulé...»

CCLXXI

El manuscrito de la época dice lacónicamente:

«No se pudo esconder tanto este galanteo, que no se censurase en el convento.»

En el convento pasaba el rey las noches; en el convento pasaba el ministro los días.

La Providencia no despachaba los negocios de Estado, pero velaba por la suerte de España.

¡Que si no llega á velar!

CCLXXII

El rey era el rey: la voluntad; Olivares era el favorito: el brazo; querer era poder, porque el poder quería; Margarita amaba y era amada; el proto-notario era ingenioso, travieso, audaz, amigo del rey y protector del convento. Conque...

CCLXXIII

El conde-duque no había de abandonar á su regio amigo, ni perder su valimiento por una virgen más ó menos en una religión que las celebra innumerable y pico.

Guardián, porteras, compradoras, demandaderas, sacristanes, cirujanos, cerrajeros, todo lo revolió el conde-duque; halagó, regateó, exigió, comprometió, y ¿qué había de sucederle al rey mozo, imperioso, con amor y con dinero?

El manuscrito dice:

«Las dádivas y ofrecimientos del conde, la mafia del proto notario, la vecindad de las casas, hicieron romper la clausura.»

CCLXXIV

Según discurre el Sr. Monero Romano, el proto notario debió de vivir en la casa que tiene el núm. 8 de la calle de la Madera, hoy día escuelas y capilla protestante.

Desde la casa del proto notario, y por una cueva de ella, se abrió una mina que iba á una bóveda del convento donde se guardaba el carbón. Por la carbonera pasó, pues, el rey, y por entre carbones encendidos había pasado para llegar á los pies de la bella Margarita.

CCLXXV

Considérese cuán inmensa debía ser la pasión de Felipe IV; ningún caballero español se mete en una carbonera ni descendiendo á cosas semejantes sino por una dama... ó por un empeño.

CCLXXVI

Por supuesto, que antes de llegar á abrirse la mina, ya el rey había revelado su posición social á la bella monja.

Ya habían dicho aquello de

—El amor...

—Sí; pero el deber...

—¡Voy á ofender á Dios!

—Dios es el amor mismo.

—Me condenaré eternamente.

—Y yo contigo.

—Déjame morir con mi virtud.

—Pues márame antes.

—¡Ay, no... que os amo!

—¡Cielos, me amas!

—¡Oh! ¡hablad bien!

—Ríete que me amas.

—Callad, por piedad.

—¡Rípitelo, Margarita!...

(Muy bajito.)—Sois cruel... ¡Os aaaa...mol

—Y ¡atachín!

Felipe, arrebatado, quiso derribar la reja del locutorio; la reja permaneció firme; el rey la maldijo y la monja se persignó mirándole con ojos más compasivos que nunca.

CCLXXVII

Pero Margarita estaba dotada de toda la virtud necesaria para temer y vacilar antes que ofender al divino esposo.

Había prometido al rey que le recibiría en el silencio de la noche; le había dado todo género de esperanzas; pero era tan grave su turbación, tenían aún tanta fuerza sus escrúpulos, que si la apremiaba el deseo, no la dejaba en paz el remordimiento.

CCLXXVIII

Discúlpela el discreto, comprendiendo las deleitosas tentaciones que ha de inspirar la idea de ser esposa espiritual del rey del cielo y amada del rey de España.

Margarita podía realizar la grande ecuación, y, sin embargo, celosa de su virtud, temerosa del infierno, retrocedió espantada.

«La dama religiosa (dice el manuscrito), entre resuelta y tímida, no se atrevió á la ejecución del sacrilegio sin dar parte á la abadesa, la cual, estrechándose con el conde y D. Jerónimo, procuró con todo recato el disuadir tal empeño.»

CCLXXIX

El conde-duque, empero, había ase-

gurado al rey que le llevaría á los brazos de la monja, y no había de cejar en su propósito.

Naturalmente, le pesó de que la abadesa saliese tan á deshora á oponerse á la voluntad del monarca; pero á lo hecho, dijo para sí, pecho.

CCLXXX

Buscó primero medios conciliatorios para que todo se compusiera amigable y silenciosamente; ofreció á la abadesa indultarle á algún pariente ó amigo si le convenía; dar colocación decorosa á sus recomendados; echar del barrio á los vecinos que la molestasen; prender á los enemigos del convento si los tenía; hacerle ganar un pleito si quería entablarlo; alcanzar de R ma inmunidades y privilegios para ella, su casa y sus monjas; todo aquello, en fin, que puede y debe prometerse cuando se trata del servicio y la salud de un rey.

¿Cuál sería el resultado de esos ofrecimientos y de las amenazas de guerra en caso de ser aceptados!

CCLXXXI

La historia cuenta que el rey, el conde duque y el proto-notario se juntaron una noche en casa de éste, decididos á conseguir uno de los mayores triunfos que habían de hacer famosa á aquella monarquía.

La abadesa era sabedora del caso, pero no lo podía evitar con el escándalo, ni siquiera llamar á la ronda para que impidiese el atropello.

Sólo le era lícito protestar de una manera pasiva y que no tuviese trazas de desobediencia á la voluntad del señor de las Españas, y así lo hizo.

Levantó un tablado en la celda de la monja; le puso en la cabecera un crucifijo, la puso alrededor unas velas y mandó acostarse á Margarita como difunta, para que al entrar el rey se encontrase de sopetón con aquel espectáculo, como diciéndole:

—¡Atrévete!

CCLXXXII

El rey y el conde-duque esperaron en casa del proto-notario mientras éste por la mina se llegó al convento á ver si todo estaba dispuesto.

Penetró en la celda de la monja, y ¡cuál no sería su asombro al ver...

Entendámonos: se ignora si Margarita siguió haciéndose la muerta, en cuyo caso el proto notario quedaría transido de terror ó quizá juraría vengarse de la abadesa que le malograba una magnífica ocasión de servir al rey, ó si la bella enanorada le guiñaría el ojo, diciéndole muy bajito:

—Decidle que venga, que no estoy muerta, aunque me muero de amor.

Suspendamos prudentemente el juicio acerca de este punto.

CCLXXXIII

Lo cierto es que D. Jerónimo se volvió por la mina á su casa y enteró al rey de lo ocurrido, y pocos minutos

después el rey, traspuesta la carbonera, se hallaba en brazos de Margarita.
¡Por fin!

CCLXXXIV

Lo que allí pasó es fácil adivinarlo sin haber sido rey ni monja.

- ¿Me amas?
- Te amo.
- ¿Me adoras?
- Te adoro.

Habría su incentiva resistencia, su «¡perdón, Dios mío!» y sus temorcillos de ir fierro y quizá su desmayo, que ya se estilaban en aquella época para dar decoro á ciertos desenlaces: esto por parte de ella; así como suaves violencias, arrebatos de pasión y acarameladísimas protestas y solemnes juramentos de eterno amor por parte de él, hasta que, *singularis natura*, el rey cegarla moralmente, y el hombre y la mujer se fundirían en un ángel, como dijo allá en sus mocedades Víctor Hugo.

CCLXXXV

Todo lo que acabo de insinuar sobre esa escena es mera suposición; pero creo que no temeraria ni maliciosa, por cuanto la historia con ingeniosa frase dice que el galanteo y criminales relaciones siguieron adelante; y en las cosas humanas, para que sigan adelante, es indispensable que hayan empezado.

Lo que era de suceder, sucedió.

Las demás monjitas oliscaron algo; se confesaron de los escrúpulos y malos pensamientos, y solicitaron que fuese vindicado el agravio que el Señor recibía todas las noches en su propia casa.

Los que habían ayudado al proto-notario y al conde duque en facilitar la abertura de la mina, se callaron más ó menos, pero no del todo; los confesores hablaron con los prebendados; y al cabo de poco tiempo las visitas de Felipe IV al convento de Benitas eran tan notorias como dos siglos después lo han sido las de Francisco de Asís (sin número) al convento de Jesús.

CCLXXXVI

Los prebendados entraron en vehementes deseos de atajar el daño sacrilego; de volver por el prestigio de la religión; de quitar malos ejemplos; de poner freno al vicio; de hacer, en fin, que Felipe IV siguiese otra conducta; pero ¿quién se atrevía á ponerle el cascabel al gato?

CCLXXXVII

No sé si es baja esta expresión aplicada al monarca de dos mundos; pero creo que sí puede usarse cuanto se le considera enamorando de noche al través de una carbonera de convento.

En resumen, los prebendados no se atrevieron.

Eran personas que tenían que perder; no querían malquistarse con el jefe del Estado; esperaban que el fastidio y el cansancio pondrían término sin mayor escándalo al regio devaneo y, sobre todo, tenían confianza en Dios, que entiende mejor que nadie sus propios intereses.

CCLXXXVIII

El católico rey, forzoso es confesarlo, no había procedido muy católicamente en el asunto; pues siendo su confesor D. Fray Antonio de Sotomayor, inquisidor general, nada le había revelado de sus amores con la monja.

Esto no estaba en el orden.

El inquisidor lo supo, mas fué por otro conducto, y con grande enojo llamó á su penitente y le echó un rapapolvo como para él solo; le contó C por B sus calaveradas, el cómo y el cuándo, y no le dijo que era un tal y un cual por respetos á su jerarquía; pero le hizo muy severas reflexiones sobre entrambas saludes y le anunció los correspondientes castigos del cielo en entrambas vidas.

CCLXXXIX

En elogio del confesor del rey, inquisidor y arzobispo de Trajanópolis (digo de Damasco) debemos decir que no se limitó á afear una vez sola sus torpezas al joven soberano, sino que tuvo con él muchas entrevistas y conversaciones por lo espiritual, encaminadas todas al mismo objeto.

El rey, como era mozo y era rey, quería divertirse en la tierra sin malbaratar su patrimonio del cielo; prometió no pecar y pecaba con más ansias, porque cada noche de convento se le figuraba que iba á ser la última.

Al confesor le daba la razón: se le mostraba arrepentido; le prometía la enmienda quizá con leal propósito; pero al dar cierta hora se le representaba el bello semblante de Margarita y le parecía que resonaba en sus oídos aquel tierno «¡volved mañana!» de la víspera.

Entonces ni inquisición ni infierno le detenían y ¡zas! á la carbonera, y ¡aup! á la celda á recondenarse.

CCXC

Nadie se atrevía con el rey; nadie con el conde duque; sin embargo, era preciso un castigo, y el discreto inquisidor, apartando los ojos con piedad de Felipe y su ministro, echó la garra al proto-notario.

Y el manuscrito dice á este propósito:

«Dió Felipe palabra (al confesor) de abstenerse de toda comunicación, y que inadvertido se habían hecho aquellas demostraciones; pero luego se lo participó al conde-duque para que discurriese la enmienda.

«El Santo Tribunal fulminó causa contra D. Gerónimo de Villanueva, que en las declaraciones secretas que se habían tomado resultó culpado, y «pasó á prenderle. El rey y el conde resolvieron disimular aquella prisión; pero el conde, receloso no le sucediera algún desaire, previno al rey el riesgo y procuró atajar todo el cuento.»

CCXCI

El día 30 de Agosto de 1644 fué preso D. Gerónimo y encerrado en una celda, sin esperanzas de que ningún rey se enamorase de él y abriese una

mina hasta las cárceles de la Inquisición para echarle piropos.

Pero pensaba entre sí:

—Cuando el rey sepa este atropello que conmigo se hace, buena la armará. No va á dejar títere con cabeza.

El rey, empero, lo supo, no armó nada, y todos los títeres prosiguieron en pacífico uso de sus cabezas respectivas.

CCXCII

El conde duque echó una mirada á la situación, se hizo cargo de ella, y se fué á ver al inquisidor.

—La majestad del señor rey D. Felipe, le dijo, se digna aceptar la renuncia de vuestro cargo de inquisidor general de estos reinos, quedando muy satisfecho del celo, lealtad é inteligencia con que lo habéis desempeñado; se propone además utilizar en tiempo oportuno vuestros eminentes servicios; accede á vuestros naturales deseos de retiraros á Córdoba, vuestra patria, y como una débil muestra de su estimación á vuestra persona os señala una renta de doce mil ducados al año.

A cada frase del valido iba el inquisidor abriendo más y más la boca; de manera que al terminar aquél, sólo pudo exclamar:

—¡Oh!

CCXCIII

—Yo, en nombre de V. E. Ilma., prosiguió el conde-duque, he dado las gracias á la católica majestad del señor rey D. Felipe IV, añadiéndole la seguridad del eterno agradecimiento de V. E. Ilma. á tan señaladas mercedes. Aquí traigo el decreto.

Y lo puso sobre la mesa.

CCXCIV

Rehízose el inquisidor encorocado y se atrevió á observar:

—Pero yo no he hecho renuncia de mi cargo; yo no he deseado dejar la Inquisición, ni el confesionario, ni volver á Córdoba; ¿cómo, pues, os adelantasteis á responder que eran para mí mercedes las disposiciones de ese decreto?

—Mercedes son los pensamientos que el señor rey forma sobre sus vasallos, replicó muy suave y con entereza el conde duque, y grandes os las hace á V. E. Ilma., cuando os da á escoger entre el decreto que tenéis á la vista y el que os voy á leer ahora.

Y diciendo y haciendo, sacó el conde duque otro decreto del rey «hándole al arzobispo las temporalidades dentro de veinticuatro horas y mandándole salir desterrado de todos los reinos».

El asombro del inquisidor fué tan grande aquella vez, que ni siquiera pudo repetir:

—¡Oh!

Afortunadamente mientras vagaba su vista de un decreto á otro, sus ojos tropezaron con el párrafo que decía: «Siendo mi voluntad que perciba la renta de 12.000 ducados al año.»

CCXCV

Ahogó un suspiro, estranguó una sonrisa de despecho sacerdotal y dijo:

—Reconozco que la benevolencia de S. M. para conmigo es muy superior á mis escasos méritos; S. M. podía exonerarme, y en lugar de esto acepta mi renuncia; podía desterrarme, y me permite ir á descansar á mi querida patria. Gracias mil á S. M. por tantos favores; gracias á V. E., señor conde-duque, por haberos apresurado á expresar con tanto acierto mis sentimientos. El cielo prospere al señor rey y á su ministro.

Recogió el conde duque el decreto de destierro mientras hacía una reverencia, y dijo:

—S. M. desea rezar por V. E. Ilma., á fin de implorar del cielo que os conceda un feliz viaje. ¿Cuándo parte para Córdoba V. E. Ilma.?

—Partiré mañana.

—Se lo diré así. S. M. desea recibir antes que nadie la nueva de la feliz llegada de V. E. Ilma. á Córdoba.

—Me apresuraré á satisfacer el deseo de S. M., que tanto me honra, y daré cuenta de mi persona, si Dios quiere.

CCXCVI

Despidióse el conde duque, y no se sonrió hasta que estuvo en la escalera.

Quedó sonriendo el inquisidor, y no dejó asomar al semblante su despecho hasta que estuvo solo.

Aquel mismo año fundó en Madrid la religiosa piedad de Felipe IV los conventos de San Cayetano y el Salvador.

CCXCVII

Acto continuo tomó el conde-duque nuevas disposiciones, y echando chispas salió de Madrid para la corte de Roma, un correo que llevaba pliegos para el Papa y para el embajador del rey en aquella corte.

Transcurridos pocos días, el Santo Tribunal de la Inquisición de España, recibió una orden muy apremiante del Pontífice romano para que inmediatamente cesase en las diligencias que seguía en el proceso del proto-notario, cuyas diligencias se seguirían en Roma.

Obedeció incontinenti el Santo Tribunal, aunque poco acostumbrado á la obediencia, y para que no fuese un ápice de formalidad en el negocio, entregó el proceso á su notario Alfonso Paredes, para que éste lo pusiera personalmente en las sagradas manos de Urbano VIII.

D. Gerónimo, entretanto, seguía preso en las cárceles de la Inquisición, y el rey Felipe en los amores de Margarita.

CCXCVIII

El conde duque mandó muy secretamente que un pintor del rey sacase un retrato de Alfonso Paredes, apenas supo que éste iba á llevar el proceso al Papa.

De aquel retrato hizo sacar muchas copias; de aquellas copias envió una al embajador del rey en Génova, otra al virrey de Sicilia, otra al virrey de Nápoles y otra al embajador de Roma.

Estas copias no eran regalos que por capricho hacía el conde-duque, sino que cada una de ellas iba acompañada de

una orden del rey para que, donde quiera que fuese habido caminando para Roma el original de aquel retrato, lo prendiesen y consignasen al virrey de Nápoles muy secretamente, de suerte que nadie sospechase quién era el preso; que con igual cautela le quitasen una cajita que, cerrada y sellada llevaba consigo, cuya cajita, sin ser abierta, fuese enviada al rey por una persona de toda confianza.

Véase cómo D. Gerónimo pensaba bien que el rey iba á hacer una de las suyas.

Sólo que seguía pensándolo desde los calabozos inquisitoriales.

CCXCIX

Salió Paredes con su arquilla cerrada y sellada, se embarcó en Alicante con rumbo para Génova, y andaba el hombre muy ufano con la idea de la confianza que de él se hacía. Entretiene los ocios de la navegación, discurriendo en las atenciones de que iba á ser objeto en la corte pontificia; regocijábale el pensar que en breve besaría al Papa la sandalia, y determinaba los objetos curiosos que compraría para hacer recaer sobre ellos la bendición papal y regalarlos á su regreso á personas de su mayor consideración y aprecio.

CCC

Con estos pensamientos y con encomendarse á Dios fué llegando hasta Génova.

—¡Qué lastima, decía para sí, que no pueda yo visitar ahora una ciudad tan famosa! Mas el servicio del rey y del Papa son urgentes, y no me es lícito detenerme ni una hora, ni un minuto.

Y apenas lo había dicho, le preguntaron su nombre, y apenas hubo contestado le prendieron con caja y todo y como estaban tomadas precauciones rodeado de buenas guardias le despacharon para Milán, á donde llegó confuso y turulado sin saber cómo ni cuándo.

CCCI

El gobernador de Milán, sin darle tiempo para exclamarse, lo remitió por gran velocidad á Nápoles, y el virey de Nápoles lo despachó para el castillo del Ovo.

Allí se le dijo que si revelaba su nombre, se le quitaría la vida; que si refería su suceso, se le pondría pena de la ídem; que si escribía, lo pagaría con lo susodicho.

El hombre, después de experimentar todas las sorpresas, todos los terrores y todas las demás sensaciones consiguientes, acabó por decir:

—Pues señor, ni veo al Papa, ni voy á Roma, ni soy portador de nada importante... Pero esto debe de ser una equivocación. El rey y Santo Oficio sabrán pronto lo sucedido, volverán por mí y se me indemnizará de un modo ú otro este mal rato, que Dios no querrá que dure.

CCCII

El virey de Nápoles se apresuró á en-

viar al rey la arquilla con persona segura, tan segura, como que el portador fué un capitán confidente del conde duque enviado allá con este objeto.

Felipe IV y Olivares abrieron la arquilla, se enteraron del proceso, y caja y papeles perecieron abrasados en la chimenea del cuarto del rey.

CCCIII

«El nuevo inquisidor tomó sus disposiciones sobre el caso y (dice el manuscrito) la religión benedictina había puesto el más conveniente remedio en la reforma del convento de la Encarnación Benita, *siendo desde entonces, así la cómplice como todas las demás religiosas, un relicario de santidad.*»
...Puede que sí.

CCCIV

Ignoro si se abrieron en aquella época las diversas minas descubiertas en Madrid recientemente, que ponían en comunicación los conventos de monjas con moradas de hombres; lo que sí consta es que el proto notario seguía preso en la Inquisición, y sus deudos y parientes solían molestar la atención del rey para que le pusiera en libertad.

CCCIV

El rey, aunque calaverilla fué, muy prudente con ellos, y en más de dos años no les negó, ni les concedió, ni les ofreció cosa alguna.

CCCVI

El proto-notario esperaba salir de los calabozos inquisitoriales; el notario Paredes esperaba que le soltasen del castillo de Nápoles; el Papa esperaba el proceso original; el Santo Oficio esperaba la resolución del Papa.

¡Oh, sí! ¡Todos tenían esperanzas en aquel tiempo venturoso!

CCCVII

Al fin el, inquisidor general sospechó primero y averiguó después que había sido burlado, y por evitar escándalos se calló.

El Papa, advertido por el embajador del rey de España, se calló también, disimulando el enojo de la burla; y por fin, tales fueron los murmullos y las instancias, que...

Copiemos del manuscrito to:

«El inquisidor general, de su motu proprio, dispuso que en la sala de la Inquisición de Toledo, delante de los inquisidores y secretarios, convocados el guardian de San Juan de los Reyes, el prior de San Pedro Mártir, el preposito de la casa profesa de Toledo; el comendador de la Merced, dos canónigos de la santa iglesia y el prior del Carmen; saliendo D. Gerónimo de Villanueva á la sala en cuerpo y sin pretina, sentado en un taburete rojo y *sin leer la causa*, fuese gravemente reprehendido por el prior de San Francisco, *sin declarar la causa*, diciendo haber incurrido en casos de irreligión, sacrilegios y supersticiones y otros pecados enormes, por donde había sido incurso en la bula de la Cena, y que por usar de misericordia, el Santo Tr

«bunal le absolvió de todo, con la calidad de que por un año ayunase los viernes, no entrase en el convento de las monjas, ni tuviese comunicación con ninguna, y repartiese dos mil ducados de limosna, con intervención del padre prior de Atocha; y de todo esto se dió testimonio por el secretario del secreto, y fué suelto.»

CCCVIII

¡Una bula de la Cena que deja á un hombre sin cenar los viernes; una causa en que la causa no se lee ni declara; un testimonio que se da quedando en secreto!...

¿Qué habéis hecho ¡oh pecadores siglos de tantas gloria?

CCCIX

El proto notario se esperezó después de dos años pasados en el encogimiento.

Supo en seguida que el rey le devolvía sus empleos, y dándose por muy contento con haberse librado de las penas mayores á que pudiera condenarle el Santo Oficio, se fué corriendo á ver al rey para mostrarle su regocijo y averiguar en qué paraba el lance con Margarita.

CCCX

El rey le recibió majestuoso, y le dijo:

—En vuestra vida me habléis, D. Gerónimo, de un suceso en cuya realidad es preciso que no creáis, desde hoy en adelante.

Absorto con tal respuesta, se volvió el proto notario al conde duque, pidiéndole una explicación con la mirada.

El conde-duque, no menos grave que el rey y aún más imperioso, le dijo á su vez:

Ignoro, señor Villanueva, el lance á que os referís, y he jurado ignorarlo siempre.

Comprendió el proto notario, y no volvió á ser indiscreto sobre aquella materia.

CCCXI

«Aí tuvo fin (dice el manuscrito) un tan singular escándalo que causó tantos disturbios.»

¿Y el notario Alfonso de Paredes?

Permaneció quince años encerrado en el castillo de Nápoles, solo, silencioso, con una pensión de dos reales de á ocho que para su mantenimiento le tenía suministrada el rey, y esperando que se desvaneciese el error de los que le habían preso, perseveró en el suyo y se murió de fastidio.

Felipe IV dió al hijo de Paredes un empleo para que pudiese vivir con decencia en Madrid, mientras su padre se le iba muriendo con decoroso sigilo en Italia.

CCCXII

¿Y la bella Margarita?

La canción no dice más.

La bella Margarita se pierde en las nebulosidades del lacónico relato, como un ensueño.

Queda su memoria para que los poetas sensuales la idealicen cada cual se-

gún el cartabón que recibió de sus maestros.

Es útil para personaje principal de leyenda, de comedia de capa y espada, de drama romántico y de romance triste.

CCCXIII

Dicen que el reloj que actualmente tiene el convento de San Plácido, y cuyo extraño y lúgubre tñido llama la atención de todo forastero, fué dádiva del rey, á instancias de la abadesa, en conmemoración de lo que algunos califican de sacrilego pecado y otros llaman singular galanteo.

CCCXIV

Basta la mal perjeñada relación que acabo de hacer al leyente inerudito para que comprenda lo que pudo suceder en los 9 000 conventos de España durante el espacio de largos siglos, teniendo esos conventos privilegios, siervos, grandes dominios, grandes rentas y pasos subterráneos.

CCCXV

Nada digamos de las criaturas que encerradas por voluntad de sus padres, tuvieron la inadvertencia de apelar á la justicia civil para que las sacase de aquellos lugares de santidad y recogimiento y las dejase expuestas á los terribles inconvenientes de la maternidad.

CCCXVI

No hagamos mención de las habillitas que sobre fugas por malos tratos y emparedamientos por reñajación de conducta han ocurrido en numerosos santuarios.

CCCXVII

Pasemos en silencio lances como el del prior de los Basílios de Madrid por que solo entre gente profana se ha hablado de si le asesinaron ó no los huéspedes mismos de la santa casa que regía.

CCCXVIII

Na hagamos alto en la *Monja alférez*, ni en la *Monja sangrienta*, ni en la *Monja de las llagas*, ni en la *Monja de las fotografías* ú timamente presa en Madrid, y dejémoslas para los frívolos gaceteros y los embaucadores de teatro.

CCCXIX

Ni la materia vale una bula, ni nos sobran el tiempo y el espacio para ello ni acaso le sobra al lector la paciencia que el caso requería.

CCCXX

Hagamos aquí punto y descanso. Pero preguntemos antes: ¿Qué fué del prestigio del claustro? ¿Qué fué de su poesía, de su misterio?

Todo murió entre la prosaica impiedad del siglo, que en el más vengando asilo no sabe ser más que idiotismo y pereza cuando no ve no sé qué sarcasmo del proleta iado.

CCCXXI

Aparémonos de los que tales cosas creen ver y hacen como si no las vie-

ran, y para no darles ni el gusto de ocuparnos en sus simplicidades, ¡á fuera los dedos! que cierro las puertas de los templos.

ROBERTO ROBERT

Lo que mucho vale...

Este año, como todos, ha demostrado la alía del Rocío (Sermón de Almonte) su fervor religioso en la fiesta de la Virgen, su patrona, fiesta á la que acuden á bandadas los católicos de los pueblos circunvecinos.

Durante el sermón, que se pronuncia siempre antes de la salida de la procesión, se dieron vivas y gritos, entremezclados de palabras que se habrían tomado por blasfemias, si el predicador no acierta á calificarlas de *expansiones de la fe, de explosiones del furgo religioso*.

Concluyó el sermón el escándalo se acentuó, y avarzaron los fieles de Almonte hacia el altar, con grande algazara y sin orden ni concierto á cargar con la Virgen; y bajo las andas, donde sólo caben doce ó catorce hombres, llegaron á meterse hasta veinticinco ó treinta, como de costumbre; ocurriendo á veces que algunos caen medio afixados y los pisotean sus compañeros de carga.

Si estas santas expansiones de la fe abren las puertas del cielo á las almas de esos animales, deben estar contentísimos de que les machaquen la cabeza á coces.

Lo que mucho vale mucho cuesta.

CURA Y CURDA

Celebraron los carcas un banquete en Orihuela, al que asistió Salaberry, diputado á Cortes.

A la salida se dieron tales gritos, que fueron procesados por ello un cura y el carcunda que llevaba el estandarte del partido.

Y Salaberry, para ver si aterúa la responsabilidad del ministro de Dios, dice que iba *curda perdidó*.

M: guardaré muy bien de desmentir á Salaberry.

Hay muchos curas que se embo rrachan.

UN SUMARIO SIN FIN

Lo del Colegio Católico

Siguen las actuaciones.—¿Habrá procesamiento?—¿Echenle un galgo al autor!—Cierre del centro de malas enseñanzas.—Otro colegio jesuítico.

Contra cuanto presume la mayoría del público, dando por muerto y enterrado el vergonzoso asunto aquel del Colegio Católico de la calle del Príncipe, el sumario iniciado en virtud de la denuncia que hizo *Tierra Gállega*, sigue en pie, y el señor Intanzón Lanza continúa recibiendo testimonios, declaraciones é informes para cubrir el atestado

y dar forma legal á los títulos de irreprochabilidad conque las gentes de sacerdotisa adentro, pretenden adornar al pentapólico Castelo, autor de aquel horrendo atentado homosexual de que conocen ya nuestros lectores.

No ha muerto, no, ese asunto todavía. Morirá, seguramente, cuando la falsa prueba en pro tenga fuerza suficiente para contrarrestar la prueba en contra, espontánea y verdadera.

Ese proceso tiene más intrínsecos de lo que muchos se figuran, y no debe abandonarse al juicio peligroso de una Audiencia que podría, procediendo en justicia, alzarse tremebunda contra el juez instructor, preguntándole en qué folio del ruidoso sumario habla trasapelado el concepto moral de la cuestión, permitiendo que el asqueroso sodomita se escapase á los principios regulares del Código por que debiera ser juzgado.

Algunos, enterados de la continuación del sumario ese, nos preguntan si habrá al fin procesamiento. ¿Procesamiento de quién? ¿les respondemos nosotros. ¿Del Código? ¿Del juez? ¿Del fiscal de Galicia? Porque de que Castelo, el repugnante, el asquerosísimo Castelo, no será procesado, responden las primeras actuaciones; y cuando éstas no lo hiciesen, respondería el propio interesado, que por el pronto, y á título de garantía provisional, ha tenido el buen acuerdo de desaparecer de La Coruña.

Puede, pues, el Sr. Infanzón Lanza, si le place, decretar la prisión del cateórico violador de inocentes masculinos. Quizá con ello se rehabilite en la opinión, sin perjuicio de jesuita.

Aunque en rigor, nos parece innecesario que él adopte resolución tan extremada; ¿para qué? Cuando un pueblo asiste indiferente al espectáculo grosero que le ofrece un invertido obsceno de la índole de ese maestro católico á quien tan dulcemente trata el Juzgado de instrucción, es señal inequívoca de que el hecho no reviste la importancia que unos cuantos queremos atribuirle.

¡Mereceríamos todos ser alumnos del Colegio de la calle del Príncipe!

Importa poco, pues, lo que el Sr. Infanzón Lanza haga ahora. El acusado Castelo ha puesto pies en polvorosa, y... ¡échenle ustedes un galgo!

Queda solamente, como expresión bien clara y demostrada de la verdad de la denuncia que nosotros hicimos, el hecho actual del cierre del Colegio Católico, decretado en virtud del acuerdo—¡buen acuerdo; felicísimo acuerdo!—de los padres de familia, de retirar sus hijos de aquel foco de perversión y de peligro.

Lo que no obsta para que, esuitismo amparador de aquel centro de enseñanza (¿) haya cuiliao de buscar una fórmula de arreglo á sus negocios, planeando la instalación de otro Colegio, donde los padres despreocupados y sencillos puedan seguir aprovechándose de los buenos ejemplos que el Colegio de la calle del Príncipe ofrecía á sus alumnos.

¡Siempre es un consuelo!

Tierra Gallega.

Coruña.

Del mundo clerical

Los clericales son en todas partes los mismos; sujetos á iguales reglas, esclavos de la misma disciplina; obedeciendo á los mismos extraños impulsos; servidores de las sombras, celemin puesto sobre la luz, que dice la Biblia, realizan por doquiera labor negativa y destructora.

Como su más temible enemigo es el saber, se ceban en el maestro y en la escuela.

Brillante confirmación, prueba plena de lo que decimos, es la labor destructora que, no ya en nuestro país, en la relativamente liberal Bélgica, han venido realizando desde 1884 á 1912.

Hablan los números con su soberana elocuencia, y establecen así su balance:

14 escuelas normales del Estado suprimidas;

40 escuelas episcopales ó congreganistas legalizadas;

13 escuelas normales del Estado entregadas á la disolvente influencia clerical;

877 escuelas primarias suprimidas;

2.896 escuelas primarias concepcionales adoptadas ó subvencionadas;

1.679 escuelas comunales de adultos suprimidas;

2.647 escuelas confesionales para adultos admitidas ó subvencionadas;

3.306 institutrices ó institutores comunales cuya retribución se ha reducido á términos ridículos que les condenan al hambre;

4.047 institutores con título declarados carentes;

6.788 institutrices ó institutores religiosos introducidos en las escuelas comunales y retribuidos;

453 hermanitos y monjitas en las escuelas comunales;

749 locales de escuelas comunales dedicados á otros servicios;

200 municipios sin escuela comunal;

1.916 municipios sin escuela comunal para niños;

865 municipios en que la enseñanza de las labores femeninas ha sido suprimida en las escuelas mixtas, para lo que los padres no envían sus hijas á ellas;

254 municipios en los que las autoridades locales han establecido convenios ilícitos con los conventos para retirar de la escuela comunal los niños de seis á nueve años;

220 millones de francos concedidos como subvención á las escuelas clericales.

Los que todavía dicen que es necio combatir el clericalismo, considerarle como el más poderoso enemigo si aman la libertad y la civilización, ante datos de esta naturaleza, deben apearse de su burro, si no quieren que á ellos también les devore el monstruo que trabaja solapadamente oculto en la sombra, pero que trabaja sin cesar.

PÍO DIEZ

Entierro civil

El día 16 del actual se verificó en el pequeño pueblo de Talayuela (Cáceres) el primer entierro civil: el de un niño

de cuatro meses, hijo de un honrado jornalero.

No habiendo cementerio civil, como en otros tantos pueblos donde se falta á la ley, habilitose para el enterramiento el local destinado á depósito de cadáveres y autopsias.

Al acto concurrieron gran número de hombres y mujeres, á pesar de que allí es costumbre que no vayan más que niños á los entierros de párvulos.

El hecho tiene gran importancia, por demostrar que cuando hay la energía que ha tenido ese jornalero para mantener su derecho, hasta en las localidades más reducidas se abre paso la verdad.

A'go hay en este caso que agradecerle al párroco, que con sus intransigencias y su conducta contribuye al descatalogamiento de sus feligreses; por lo cual, tal vez en otro número, agradecido al apoyo indirecto que presta á la propaganda anticlerical, me digne concederle el honor de que aparezca su nombre en estas moralizadoras columnas.

En el Penal de Tarragona se amarra en b'anca á los penados que se niegan á asistir á misa, por no ser católicos.

El director de ese Penal es lógico dentro del catolicismo.

Hay que imponer la religión á la fuerza y salvar la vida eterna del alma, aunque sea á costa de la breve y deleznable del cuerpo.

Bibliografía

La Democracia y los hacendistas, por Francia Delaisi.—Traducción de José Prat.

El autor hace en su nueva obra una despiadada disección del régimen llamado democrático en sus relaciones con los hombres de negocios, agiotistas, periodistas, etc., en algunos países, particularmente en Francia, sacando como conclusión que hay que huir de los eufemismos hoy tan en boga y poner al descubierto las llagas que corroen á la actual sociedad capitalista, administrándole un enérgico y eficaz cauterio que corte de raíz tan terrible mal.

El tocador práctico, por Carmen de Burgos Seguí.

Forma parte de la «Biblioteca de la mujer», que tanta popularidad ha alcanzado y no desmerece de los tomos publicados. Es de interés no tan solo para la mujer, sino de gran utilidad práctica para cuantos se dedican á la fabricación de perfumes y efectos de tocador, por la infinidad de recetas que contiene entresacadas de los tratados recientemente publicados en Francia, Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, la mayoría de cuyas fórmulas son hoy desconocidas en España.

Ambas obras, editadas con el esmero y pulcritud que acostumbra los señores F. Sempere y Compañía, de Valencia, se venden á peseta el tomo en todas las librerías.

Biblioteca de "El Motín"

OBRAS DE VENTA

DE VARIOS AUTORES

A SESENTA CÉNTIMOS

ADÓNDE CONDUCE EL SOCIALISMO, por
Eugenio Ritcher.

A PESETA

ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS (Manojos
de flores místicas), primer tomo.

TEATRALES: DIOS, PATRIA Y REY.—
Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO.—¡OJO
AL CRISTO! por José Nakens

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS,
por R. H. de Ibarreta.—LAS RUINAS DE
PALMIRA, por Volney.—CIENCIA Y RELI-
GIÓN, por Malvert.—EL CITADOR, por Pi-
gault-Lebrun.—LA GUERRA DE LOS DIO-
SES, por Evaristo Parry.—EL TESTA-
MENTO DE JUAN MESLIER.—LA SIMA DE
IGÚZQUIZA, por Alejandro Sawa.—LA
SERPIENTE NEGRA, por Gabriel Merino.
—PROCESO Y FIN DEL CELIBATO EN ES-
PAÑA, por S. Pey Ordeix.

A DOS PESETAS

CUADROS DE MISERIA.—DEGRADACIO-
NES Y COBARDÍAS.—CARTAS Y DEDICATO-
RIAS.—MI PASO POR LA CÁRCEL.—HUMO-
RISMO ANTICLERICAL.—PUÑADO DE IRO-
NÍAS.—LA CELDA NÚMERO 7, por José
Nakens.

MORAL JESUÍTICA, por el P. Sánchez,
de la Compañía de Jesús. (Obra porno-
gráfica.)

A TRES PESETAS

MIGUEL SERVET, por S. Pey Ordeix.

A CUATRO PESETAS

LA IGLESIA Y LA MORAL, por Dom Ja-
cobus, dos tomos.

APOSTOLADO DE LA VERDAD

Colección de folletos anticlericales á
15 céntimos.

Primera serie

1.º LA VUELTA DE CRISTO, por José Na-
kens.—2.º LA LUGURIA DEL CLERO, según
los Concilios.—3.º EL DIABLO, por Roberto
Rober.—4.º CRISTO EN EL VATICANO por
Victor Hugo.—5.º EL ROMANCERO ANTICLE-
RICAL, por varios autores.—6.º PUEBLO Y
ARISTOCRACIA, por Pey Ordeix.—7.º HISTO-
RIAS DE LA CORTE CELESTIAL, por Narciso
Campillo (primer folleto).—8.º MÓNITA SE-
CRETA DE LOS JESUITAS.—9.º A UNA MA-
DRE, por Ramón Chies.—10. LA DEMOCRACIA
Y LA IGLESIA, por Potvin.

Segunda serie

1.º DIOS, por Suñer y Capdevila.—2.º LOS
MILAGROS, por Roberto Robert.—3.º LO QUE
SE COMEN LOS CURAS, por Fray Gerundio.—
4.º VIAJE AL INFIERNO, por José Nakens.—
5.º LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA, por Ed-
mundo González Blanco.—6.º LA PAPIZA
JUANA, por Julio F. Mateo.—7.º SONETOS
PIADOSOS, por varios.—8.º LAS 67 PREGUN-
TAS por el célebre teólogo Zapata.—9.º HIS-
TORIAS DE LA CORTE CELESTIAL, por Nar-
ciso Campillo (segundo folleto).—10. FRAI-
LES AL DESNUDO.

Tercera serie

LA MORAL Y LA IGLESIA.—LAS COSTUM-
BRES Y LA IGLESIA.—LA MISERIA Y LA
IGLESIA.—LA RIQUEZA Y LA IGLESIA.—LA

ESCLAVITUD Y LA IGLESIA.—LA IGNORAN-
CIA Y LA IGLESIA.—EL CRIMEN Y LA IGLE-
SIA.—LA MUJER Y LA IGLESIA.—LA FAMI-
LIA Y LA IGLESIA.—EL CELIBATO Y LA IGLE-
SIA.—LA POLÍTICA Y LA IGLESIA, todos por
Dom Jacobus.

De *El Apostolado de la Verdad* hay co-
lecciones encuadradas de cada serie,
á 1,25

COLECCION DE FIERAS CLERICALES

Folleto-biografías de cabecillas car-
listas. Van publicados:

EL CURA SANTA CRUZ.—SABALLS Y CU-
CALA.—ROSAS SAMANIEGO Y JERGÓN.—
D. ALFONSO Y D.ª NIEVES.—EL CONDE
DE ESPAÑA.—CABRERA.—ZUMALACÁRRE-
GUI.—DORREGARAY.

Cada folleto 15 céntimos.

HOJITAS PIADOSAS

¡Abajo las escuelas laicas!—La mujer en
la Iglesia.—¿Por qué no te confesas? Los
escapularios.—¡Católicos, alerta con las
Hojas!—La Santa Misión.—La Comunión.
—Acción anticlerical.—¡Clero secular, á
defenderse!—¡Muera Satán!—La confesión
de Sor Margarita.—¿Por qué no he de ser
monja?—El Santo celibato.—La Santa vo-
cación.—María, Madre de Dios.

HOJITAS IGNACIANAS

Espritu de San Ignacio de Loyola.—Los
dolores y gozos de San Ignacio.—La di-
rección espiritual.

HOJITAS MORALES

Diadema de perlas.—La Santa casti-
dad.—Mensaje del Angel de la Guarda.

HOJITAS CUARESMALES

Meditación sobre la comedia humana.—
Miércoles de Ceniza.—Jesús en el Tibida-
bo.—Las Compañías de Jesús.—Los ca-
lumniadores de Jesús.—Las verdaderas
romerías y peregrinaciones.—Cristo es
arrojado del templo.—Cristo vence!—Cris-
to reina!—Cristo impera!—La Santa Eu-
caristía.—Sermón del mandato.—¡Alle-
luia!

L'Aple (en catalán).

Cada cien Hojitas, de cualquier clase,
65 céntimos, y cinco pesetas el millar.

LAMINAS EN CARTULINA

Propias para adornar Centros, Ca-
sinos y Comités.

A PESETA

Retrato de José Nakens.

A CINCUENTA CÉNTIMOS

Auto de Fe celebrado en 1680 en la
plaza Mayor de Madrid (Copia de un
cuadro de Ricci, Museo del Prado.)

Los tormentos que aplicaba la Inqui-
sición.

El inquisidor general Pedro Arbués
condenando á la hoguera á una familia
de herejes (Cuadro de Guillermo Kaul-
bach.)

A VEINTICINCO CÉNTIMOS

Auto de fe, presidido por Santo Do-
mingo de Guzmán (Cuadro de Berru-
guete, Museo del Prado.)—Fusilamiento
de Rizal en Filipinas.—El quemadero.
—El tormento de la polea.—La Saint
Barthélémy.—El tormento del aspa.—
Auto de fe en España en la Edad Me-
dia (Cuadro de Robert Fleury).—Abju-
ración de Galileo (Cuadro de Robert
Fleury en el Museo del Luxemburgo).

Los emparedados de Carcasona.—Jor-
dano Bruno ante sus jueces.—El tor-
mento del caballete.—Tres láminas más,
con un aparato de tormento y sus apli-
caciones.—Jóvenes quemadas vivas en
Valladolid.—El doctor Cazalla en el
tormento.—Suplicio de Arnaldo de
Brescia.—Jerónimo de Praga en el tor-
mento.—Asesinato del gobernador ci-
vil de Burgos por los clericales en 1869.
Juan Hus ante el Concilio de Constan-
za, de donde salió para la hoguera.—
Antiguos servicios á la Libertad que se
premian al presente.—Emparedamien-
to de una monja.—El tormento del po-
tro.—Suplicio de Latimer y Ridley en
Inglaterra.—El tormento del fuego.—El
Papa Dámaso dirigiendo la matanza de
herejes.—Tormento inquisitorial presi-
dido por el Papa Pío V en Roma.—Ma-
tanza de judíos en Barcelona en el rei-
nado de Juan I de Aragón.—Auto de fe
en Goa (Portugal).—Algunas de las mu-
chas maneras de dar tormento que
tenía el Santo Oficio.—Sala de la Au-
diencia de la Inquisición.—Juana de
Arco en el suplicio.—Procesión de un
Auto de fe en Goa.—El juicio de los he-
rejes.—Tormento del agua, aplicado
al Bachiller Antonio Medrano en 22 de
Mayo de 1532.—Tormento de una he-
chicera en la Edad Media.—Felipe II
presenciando la quema de los Relaja-
dos en el Auto de 8 de Octubre de 1559
en Valladolid.—Auto de fe. Cuadro de
F. Reiff.—Antonio Pérez, exministro de
Felipe II, en la sala del tormento.—
Monja condenada á muerte en el «in-
pace».—Auto de fe en Goa (Portugal).
—Alegoría de la Inquisición. Cuadro
de Eugenio Lucas.

A DIEZ CÉNTIMOS

Nakens crucificado por los clericales.
Jesuitas fabricando bombas, y monjas
embarazadas.

TARJETAS POSTALES

Cuatro colecciones de diez, á 50 cén-
timos cada una.

Representan los tormentos que apli-
caba la Inquisición y varios cuadros.

GRANITOS DE ORO

Un pliego engomado para poder pe-
gar cada granito donde convenga: dos
céntimos.

BIBLIOTECA DE LA INQUISICION

A PESETA TOMO

Almanaque de la Inquisición (con 20
láminas).—El Santo Oficio.—Los Autos
de Fe.—Quema de brujas en Logroño.
Carne ultrajada y quemada (colección
de Autos de Fe).—Despojo, infamia y
hoguera (colección de Autos de Fe ce-
lebrados por la Inquisición de Cór-
doba).

En prensa y en preparación hay otros
varios.

CONDICIONES DE PAGO

Por adelantado, en libranza del Giro
Mutuo ó de la Prensa (que se venden
en todos los estancos), en Giro postal,
en letras de fácil cobro, y en último ca-
so en sellos de Correos, prefiriendo los
de *peseta, cincuenta céntimos, ó real*.

Los corresponsales de *El Motín* ten-
drán el 25 por 100 de rebaja en todo lo
que edite esta casa.

IMPRESA DOMINGO BLANCO—LIBERTAD 11